

Antología poética

Nota preliminar.— Esta antología recoge los poemas incluidos en la antología del autor *El mausoleo y los pájaros*, ed. Ángel L. Prieto de Paula, Madrid, Huerga y Fierro («Signos»), 2012. Para ello se ha contado con el permiso expreso tanto del poeta como de los editores.

ÍNDICE

La estatura del ansia

Antonio Gracia en los infiernos
Súbita memoria
Moja bieda

Palimpsesto

hordas
bustrofedón
incunable
palimpsesto
poème d'un autre
expolio

Iconografía del infierno

poética
missing link
epopeya sin héroe
teorema

Los ojos de la metáfora

[con la mano de amianto trazo líneas]

Hacia la luz

Sístole
Desolatio
Homo semens
Reconstrucción
La túnica en el viento

Libro de los anhelos

Solo el amor
Redención
Resurrección
Catálogo de pájaros
Revelación
La conquista del palpito
Transterramiento
La memoria verbal
La epopeya interior
Catasterismo

Reconstrucción de un diario

Ascensión al origen

Égloga
Crepitación
La soledad sitiada
La tinta derramada
Madrigal con estrellas
La cámara secreta
A la sombra del túmulo
Madrigal con espinas
Hombre
El godo milenario
Junto a la barbacana
La bruma disipada
Las ruinas
Epitafio con lirios
Locus amœnus

La epopeya interior

Errante
Locus horribilis
Un paraíso
El secreto
Verklärte Nacht

El himno en la elegía

Causa
El sosiego
Potestad
La búsqueda ancestral
En el silencio
La plenitud

Por una elevada senda

Sobre la tierra
Pálpito
Recuerdo y profecía
El lugar
Por una elevada senda
Hacia el origen

Devastaciones, sueños

El astro enfebrecido
Exaltación de las ruinas
Lo inolvidable
Ceniza sideral
El otro
Homo moriens
Oda para un cadáver
Legado
Ofrenda y redención

El hábito ambrosiano
Arcadia nebulosa
El invasor
oniria.com
Elogio de la isla
Oda
Como si fuera un éxtasis
Azimut
Continuidad
Retrato
Criatura iluminada

La urdimbre luminosa

[Diviso el mar. Detrás de aquella roca]
[Llegan las olas como esquivos peces]
[Una grieta en el cielo]
[Una gaviota otea el porvenir]
[Hay almas que conservan el recuerdo]
[Sé que escribir es mi única victoria]
[Dentro de mí hay un hombre antiguo y solo]
[El ocaso se inclina hacia la noche]
[En un mundo voraz en el que todo fluye]

Efímero infinito

[Recuerda, tú recuerda cuando entre las palomas]

Informe pericial

[Hace un millón de años, tal vez dos]
[Rávena, mil trescientos veintiuno]
[En un lugar del reino del espíritu]
[Eran siglos oscuros. Tenebrarios]
[Hace unos veinte mil millones de años]
[Frisaba el año mil seiscientos cinco]
[Mil ochocientos veinticuatro. Un hombre]
[En un lugar del tiempo, en todo instante]

Hijos de Homero

Catulo
Séneca
Luis de León
Lope
Karoline Günderrode
Heiligenstadt
Eneas

La condición mortal

De la memoria
El inmortal

Del eterno retorno
Indicios en la noche

La estatura del ansia

(1975)

Antonio Gracia en los infiernos

Al tercer día no resucité.
De pronto me sentí como un naufragio
y, entre las olas, mi ceguera incierta
miraba crisantemos en el fuego,
un túnel sin tiniebla, estrellas rotas
y a Dios besando un labio de Satán.
Había una mujer de fuego amando,
ángeles trepanados, santos rubios,
muertos que resucito en mi memoria,
vírgenes antropófagas y oscuras,
cruces desordenadas y una lluvia
como una sensación de amor profundo.
En las cenizas del volcán eterno
se levantaba triste y melancólico
un pecado con forma de varón.
Después volví a subir como un ahogado
al mástil de la vida, y no recuerdo
más que una obstinación en la mirada
y la eyaculación de Dios sobre la Virgen.

Súbita memoria

1

Indicios en la noche de que suena tu nombre,
de que el dolor es una estrella oscura
que ilumina de pronto nuestros ojos,
de que hay voces en mi alma
llamándote, inclinándose hacia el grito,
nupcialmente ataviadas de tristeza,
ardiendo sobre el odio, quemándose en la noche,
hiriéndome en la noche como una dentellada
perdida en el espacio del espíritu tuyo,
como un tacto invisible que parece ternura
y sangra como un golpe
en la memoria súbita del vértigo
derramando sus cruces en mis ojos,
invadiendo mi sangre con cadencias de muerte,
asediando la noche con estrellas lejanas
que me dispersan en el infinito
mientras mi voz oculta va gritando en la noche,
va esparciendo su niebla, va aullando dulces sombras
—pon tu mano sobre mi corazón—,
despiértame a la vida, requiébrame en tus ojos,
soy un lobo, un aullido, un sollozo en la noche,
como una profecía recuerdo tu tristeza
—pon tu mano sobre mi corazón—,
qué noche para odiar y ser odiado,
para hallar entre el odio un gran amor,
amanecen las nubes arcoíris de muerte
—pon tu mano sobre mi redención—,
inclinado a tu nombre soy tu nombre,
invierto tu mirada, es una estrella,
una estrella dormida naufragando en el cielo,
hazme sitio en tu muerte, soy tu muerte,
hazme sitio en tu tumba, sepárame las sombras,
va gritando en la noche, soy la noche insaciable,
la noche desplazada por relámpagos tuyos
—pon mi mano sobre tu amor sepulto—,
como una profecía era ya tu tristeza,
a veces es la noche quien grita como un pájaro,
un pájaro es la noche, una sombra aturdida
gritándome, aventando
mi corazón sobre tu mano inerte,
mi sonajero corazón trizado por tus labios,
como una profecía era ya tu tristeza,
como un eco me grita, era el eco la noche,
era la noche un eco de tu muerte,

mi corazón olvidado en tu boca,
es de polvo tu boca por eso besos playas,
por eso beso besos
en la noche en las playas en el mar en las playas,
en los gritos que la noche me grita,
porque suena tu nombre, va gritando
tu nombre, suenan gritos a veces,
suenan gritos errantes en la noche nupcial,
como un delirio roto me avento en el recuerdo,
y sin embargo suena
sonando como criptas en la noche
y sé que no es la noche, era la muerte
sonándome tu nombre perseguido...

2

Lúbrico vendaval de rotas crines
se adentra en las cisternas de la muerte,
induce heridas, deja
besos decapitados en mitad del amor,
duele el ansia,
y como un misticismo referido a cipreses
cárdenas las palabras para callarlas nunca
o invadir los altares con sangre de sonrisas,
iniciar en el viento una imagen de Dios,
pensamientos altivos, gavilanes que velan
la canción detenida, la agonía rusiente
en las olas ahogadas, en los álamos líricos,
destruir los altares donde el alma es incienso,
y como una blasfemia por el cielo volando
hacia qué sacrificios y hacia dónde las sombras,
piadosamente besos para acatar la vida
y no llorar de miedo a despertar el alba,
tu cuerpo era un pedazo de un Dios incandescente,
era un clamor de sangre decidida al amor,
era una lluvia de ansias rodando en mi deseo,
cipreses en la esquina doblan campanas dónde?,
relámpagos se incrustan en mi frente
y un soliloquio mágico va a arrinconar mi vida
cerca de la nostalgia de un futuro perdido,
lejos del horizonte donde solo miramos
nuevo horizonte y siempre
un horizonte espera para morir despacio,
dejo pasar mi vida sin llenarla de vida,
por un instante apenas, como si fuese el mar,
luchó contra la orilla queriendo huir de mí,
olvido que hay el mar y que hay la orilla
y que es la orilla el mar y que el mar qué será,

qué será si supieras oh muerte
cómo eres bendita, cómo se ama tu nombre,
cómo pareces sed o qué buscas en mí,
y en las sombras los ecos y en los ecos las sombras
murmuran una revolución amurallada
en tanto que yo anhelo
emancipar de Dios todo lo vivo,
permitirle reinar sobre la muerte,
tal para cual oh Dios qué bien me expreso,
sucedió cuando sombras enamoraron sombras
y un túmulo de carne moldeada y amante
transustanció en incienso su perdida belleza,
oh qué escatología,
oh sacrificio estéril, a qué regiones fuiste
a fingirte fantasma, a qué trechos de barro
tus pies, a qué silencio,
a qué —me siento ahora romántico—,
oh flor que eras la luz de la mañana,
oh flor que eras la luz, a qué tanto delirio,
tanta emoción equilibrada en verso,
tanta desolación de espejismos dolientes
y tanta evocación de la tristeza...

3

Quién de noche suspira lejanamente, quién
a través de la noche me evoca como un grito
lanzado entre las brumas de la noche
como un gesto de amor, como una cincha
de lágrimas que quieren embridarme
y conducirme a tumbas entreabiertas,
pero quién me pronuncia, me llama entre las sombras,
me hipnotiza con voces sepulcrales,
cementerios nostálgicos de vida,
cementerios acaso enloquecidos
o quizá desterrados de la muerte
por un acto de ira disfrazada de amor
y oculta en las tinieblas de una nube asustada
que bautiza mis manos con lágrimas eróticas,
oh belleza cautiva cercada enamorada
de quién, de quién, de qué voz en la noche,
de qué triste fantasma de palabras
no pronunciadas nunca, solamente calladas
en labios derrotados por ansias de besar
todo el amor de golpe en un beso frustrado
cercado enamorado
en una boca amante sangrante eternizante
que no existe, no existe, no hay boca para amar,

no hay besos para amar y qué he de hacer
si estos gritos me gritan en medio de la noche,
si estas voces me llaman en mitad de la muerte
como un presagio avaro de herirme inicialmente
para después beberme sorberme como aliento
de una rosa injuriada dormida flagelada
por sentimientos lúbricos que nunca han de saciarse,
quién evoca mi sangre, quién pronuncia mi vida,
quién sorprende mi sed de contingencia
con sus voces desnudas, quién lanza profecías
al viento, a las metáforas, al sueño
de que quiero ser hombre aproximado a Dios,
de que soy una estatua ansiando el movimiento,
un vástago del ansia, una escarcha sin alba,
cartujo de la muerte, quién espera que diga
quién me llama quién grita por qué nunca
responde nadie cuando digo quién...?

Moja bidea

Ella era triste como una lascivia insatisfecha.
No sabía mirar, no sabía vivir, no sabía morir.
Ella era hermosa como un suicidio de quince años.
No quería ser triste, no quería ser bella, no quería ser muerte.
Ella vino en la noche como un beso en la noche.
Tenía el horizonte agarrado a su cuello
como una horca terrible sin forma de patíbulo
y se dejó caer hacia arriba, en la noche.
Ella vino en un beso masacrado, ella vino.
Ella era amor como una errata en un libro de lágrimas.
Ella no tiene cielos ni infiernos en sus ojos.
Tampoco los crepúsculos sonrían a su paso.
Y sin embargo el zoclo se detiene al oírla.
Ella era el cobalto, la manzana y el grítalo.
Quizásmente tal vez ella es una liturgia.
No hubo salacidad que rozase su piel de lepra virgen.
Ella no muere nunca porque no vive nunca.
Jamásmente ella ha sido lo que yo no soy nunca.
No enturbia, no conoce, no sonrío, no llora.
Sin embargo su palpito eclipsa el universo.
Ella vino en la noche con un beso en la noche.
Ella vino en la noche como un beso en la noche.
Yo amé su piel de amianto para mi fuego inútil.
Murió hace doce años al erguirse hacia un beso.
Murió hace doce años llevándose mi vida.
La verdad: yo quisiera
no haber tenido que escribir este poema.

Palimpsesto

(1980)

hordas

alguien que puso nombres a las cosas
el vértigo inició de un cataclismo
que llega de metáfora en metáfora
a engendrar esta afasia literaria
tras la que cualquier verso es la parodia
de un hombre disfrazado de creador:
y de hombre en hombre el gesto mudo avanza
hasta mí como un cónclave de muerte
o suicidio o grotesco verbalismo
que llega de impotencia en impotencia
a engendrar esta afasia literaria

bustrofedón

abrir un libro es cerrar una cárcel
en la que me encadeno a ser discípulo
de quienes pretendieron ser maestros
y solo consiguieron ser discípulos
al escribir un libro que no abrieron
porque se encadenaron en un libro
anterior donde estaban encerrados
los prófugos maestros y discípulos
en un periplo eterno de cadenas
cuyo último eslabón es este libro
abierto para ser cerrado por

incunable

no bien hube olvidado los violines
sobre el destello exacto de tu pubis
cuando los lagrimados derramados
besos mistificaron las ojivas
y una sublimación subió a tus pechos
nacarados y rojos como efebos
o tal vez como líbidos inquietas
apresadas censadas bifurcadas
por mis manos mis labios mi erosión
sobre ti como antílope acosado
no bien hube olvidado los violines
en medio del amor de tu pupila
erótica y lasciva y orgasmada
por mi amor vertical de estalactita
o perpendicular obstinación
de dioses y de sombras batallando
entre esperma volcánica y airada
descendiendo eludiendo transgrediendo
las genitales leyes del poema
de amarse coitamente mientras duele
como una heterodoxia el propio amor
el cuerpo avasallado y roturado
como una despedida o un suicidio
o un intento de entrar y regresar
hasta el útero de eva o un olvido
diluyéndose izándose espermándose
en una paranoia un exorcismo
un diluvio hacia adentro un epitafio
de enamorados imposibles como
un adiós innombrable una eutanasia
sobre el destello exacto de tu pubis
no bien hube olvidado los violines

palimpsesto

cabalgada en la noche la tristeza
solitaria aventura del poema
el hombre es la autocrítica de dios
centauros acosando tu cintura
la frustración del verbo fornicar
el éxtasis del verso eyaculado
límitrofe de dios y de satán
yo soy una elegía de este verso
una espiral eterna socavándote
matusalén murió de un tal suicidio
facsimiles de adán somos facsimiles
las ingles derramándose en deseo
la obstinación del beso irrepetible
miradas a intervalos lujuriosas
tus pechos y tu pubis prepuciados
el hombre es la autosátira de dios
insomnes pentagramas evocándome
discípulo del viento soy a veces
tus labios y tus ojos amorítimos
el vandalismo fálico de un coito
sinestesias de dios y de satán
el vómito del alma sobre el verso
una trepanación de dios preciso
el sátiro obstinado de mis muslos
la vida es la ortodoxia del suicidio
facsimiles de adán somos facsimiles
matusalén se suicidó por eso
yo me suicido en cada verso insomne
solitaria aventura del poema
el hombre es la eutanasia de un tal dios

poème d'un autre

si de mi baja lira tanto pudiese el son
escribiría un verso como una guadaña
donde apoyar este cuello que yergue el fraude de mi mente
obstinada en ser dios o en ser poema
inédito creador definitivo

en la vorágine del vértigo las sílabas se agrupan
como tercas monodias hacia la sinfonía
persiguiendo la inamovible música del arte
pero siempre hay un corno un violín una nota
que introduce despierta interpola
su amoroso y odiado fantasma
y convierte en un réquiem mi escritura

cierra los ojos pienso cierra el poema pienso
y no obstante mi mano contumaz en su costumbre
rubrica su locura su frustración confirma

y es tanto así que
cuando me paro a contemplar mi estado
vayse meu corazon de mib

llevo mi pensamiento hacia el olvido
conduzco mi dolor por los cauces de la frivolidad
a ver recuerda aquel amor de aquel verano
como dos peces muertos frotando sus escamas en la arena
estuviste con ella pero siempre
cargado voy de mí doquier que ando
y aparecen coágulos de lecturas como arrecifes en mi alma
y entonces aquel beso solo es la Dulcinea perdida
que nunca encontraré si no es amando a Melibea
por ejemplo
o adentrando en mis ojos el retrato de Filis
nunca visto pero siempre adyacente al de Ximena o Lisi
que me besan me aman me susurran
agora nos partimos Dios sabe el ayuntar
me gritan me susurran
con los sus ojos tan fuertemiente llorando

y yo no sé sino llorar y buscar con palabras opacas
un verso una guadaña porque
no me podrán quitar el dolorido
sentir
y así a veces en lucha con el amor estoy
y entierro mi dolor entre memorias huecas
que a jornal de mi pena y mi cuidado

cavan en mi vivir mi monumento

salid sin duelo lágrimas corriendo

expolio

eróstratos constante y sucesivo
a través de la niebla de los siglos
fálicamente avanzo entre los versos
persiguiendo la inmoribilidad
con un sabor de muerte en el deseo
que me abisma en la soledad
de ser constante y sucesivo eróstratos
insomne y contumaz y repudiado
irguiéndose del fraude del poema
tejiendo y destejiendo una penélope
embarazada de la muerte al fin
y en la voraz quimera soy un ansia
de inmoribilidad eutanasiada
o bien como un heráclito estelar
lanzado a los telares de penélope
que viene de hombre en hombre a ser adán
socavando en los úteros de eva
su retorno su tumba su ecuación
de la atávica nada que al fin soy
trepanando los versos y los hímenes
de todas las doncellas o poemas
mientras fálicamente avanzo y muero
hacia atrás como edipo de mí mismo
en medio de un verbal apocalipsis
redentívoro y cáustico y errante
donde encuéntrome acaso siendo siempre
eróstratos constante y sucesivo
habitando la soledad

Iconografía del infierno

(En *Fragmentos de identidad [Poesía 1968-1983]*, 1993)

poética

sonido misceláneo de locuras
en sínodo de cónclaves y ruidos
rasgando como erótico escalpelo
la furia de mis sienes en silencio
acróstico sonido y ruido acróstico
del nombre de mi muerte o mi demencia
grabándome un errátil garabato
en el centro de mi lubricidad
hacia los hipogeos o las bóvedas
horadando un estigma de sepulcro
en la desolación del sentimiento
maleable como un reptil que bífido
se azora ante un espejo al ver mi rostro
y reniega de sí para ser crótalo
hasta el fin por el miedo a reencarnarse
en un muerto llamado antonio gracia

missing link

jarretar un crepúsculo invadirlo
con mastabas de tiempo descender
pirámide hacia abajo al hipogeo
de la metamorfosis de mi nombre
la defenestración de mi escritura
el cónclave del sínodo:

epitafios

con forma de poema alrededor
blandiendo sobre mí su moribilia
la lucidez de una derrota en verso
cruces trepando convirtiendo en hombres
su estatura de tumbas nadas muertas
resucitando entre prosopopeyas
y al calor de la muerte ubicuo el bálsamo
dentromente del simio urgiendo vida
allí donde yo soy mi paleolítico
una mano hacia arriba un pensamiento
irguiéndose de pie sobre la niebla
zarcas liturgias masturbando a dios
y un verso sobre otro arcillan hombres
el cielo hecho pedazos:

la hecatombe

bajo un cierzo bruñido con metáforas
con cíclopes con cítaras con trépanos
con crótalos con víragos con súcubos
desbrozando el horror del nunca nadie
lo sansatanasiante del espectro
fantasmando las heces de lo ubicuo
la defenestración de mi ansiedad
por el pálpito abajo de los sístoles
rodando por el vértice hasta el vástago
hasta el hallazgamiento de lo autóctono
con la descifración de mi teluria
donde soime tres siempre y un jamás
ubicados detrás de los frontales
detrás de la mirada del soy ciego
levítome levántome me vívome
encima de una estrella bajo el yodo
mi corazón de sílex diluido
como un diluvio de fonemas lúcido
argentándose en forma de diamante
engastado en el vértice del 3
como una paranoia:

un exorcismo

transgresor de la náusea y los cadáveres
empecinan su múltiple vagido

en mi féretro errante hacia la órbita
de un yo que no me espera y que persigo
hombre tras hombre verso tras derrota
en la autodestrucción del soy la vida
la poesía el poema la memoria
la defenestración de la impotencia
muerte hacia abajo como un coito errante
que se mira a sí mismo y queda ciego
al descubrir que el orbe es otro ojo
errático y buscándose en dos coitos
estrábicos y ausentes:

moribilia

jarretar un crepúsculo invadirlo
con epitafios resurrectos cánones:
meto la mano en mi cerebro saco
un folio eyaculado de mi nombre
donde yo no soy yo: solo mi plagio

epopeya sin héroe

entonces subí al cielo en palimpsesto
como en un fiel pegaso y rompí el cingulo
quebrando en mi coraza y con mi adarga
los dardeados fuegos del diosaurio
que erguía su volumen ominoso
por sobre la palestra constelada
y lanzaba sus ángeles centurios
sobre mí como un terco apocalipsis
dispuesto a defender su virgen presa
contra la misma voluntad de amor
y hube de hundir mi espada en mil querubes
antes que sus mil fauces de lujuria
batallasen mi amórico deseo
y con la estratagema del que ama
logré raptar a oniria y abrazarla
pero en el vuelo de regreso el viento
de la cólera diósica empujó
nuestra caída como un vendaval
y descendí inexánime y dilúvico
en medio del infierno con un tránsito
luzbólico y sonoro y al erguirme
y acariciar los ojos de mi rapto
vi en la conflagración de la lascivia
centellar las estrellas y las armas:
dios y satán pactando contra mí
una conjuración apocalíptica:
las hordas inferciales rodeaban
nuestro abrazo con un clamor de espadas
con naufragios atávicos y mórbidos
con pertrechos de muerte y con escudos
de eternidad batálica infiriendo
que el tiempo es su victoria y mi derrota:
yo miré por el ojo de la muerte
y observé el rostro andrógino observándome:
besé a oniria en los labios y grité
el nombre del dolor por todas partes:
desnudé mi coraza lancé el yelmo
quebré mi espada levanté mi mano
por encima del síndrome y entré
en aquella batalla contra nadie:
me alcé ante el luciferio y esgrimí
los inutilensilios del dolor:
hundí mi pensamiento como un verso
en la vagina de la religión:
los dioses mueren cuando el hombre piensa

teorema

asediado en el vértice del verso
antoniograciousmuertemente hablando
poema es la eutanasia de su autor:
la búsqueda del código del alma:
poema es una identificación:
descender al abismo de la mente
evitando el regreso profanar
el naufragio de todo autorretrato:
poema es una divinización:
la búsqueda el acoso el precipicio
como un bisturí lírico obsesivo
sajando trepanando masacrando
las vísceras el léxico la vida
de un hombre ecuacionándose en poema:
poema es una inmortalización:
un diamante tallado en el cerebro:

Los ojos de la metáfora

(1987)

con la mano de amianto trazo líneas
larvas esputos tanzas claves fuego
asomado al brocal de mi guarismo
y fulgentes latrías bruman niebla
dentro del lupanar de la memoria
ardiendo inexorable tiempo espacio
y yo dentro del cerco estatua altiva
cimbreada entelequia de la nada
errante contingencia del acoso

*

la segur abrasiva esperma saja
límite del preciso hallazgo lúgubre
argollada pasión resuelta en vómito
lírico masoquismo el de la búsqueda
solidaria la muerte se interpola
un albedrío lúcido sin rostro
si apuñalo mi mente el orbe sangra

*

la cólera de jade alegoría
dispersa repartida campos yermos
la fístula oblación en la cadena
trimegisto silencio ubre dentada
la decapitación de la estructura
y los bemoles de color triángulo
libándose los grises el cerebro
o el esplandián sus sergas desvanece
frente a la azul memoria del desorden

*

trucidar las acacias las coyundas
feroces en su mácula gestando
la médula silente el avatar
de la aorta concisa seccionada
por macilentos tenues y gorgona
supliendo la estulticia de los ábacos
inversos en el gálibo incoherente
junto a los arrequives dejo el belfo
el déspota el tirano la semilla
y la genitación de los andróginos

*

el oráculo gira su guadaña
hacia el mastín del látigo que exalta
equipajes de lápida solemne
arcanamente alzados como cálices
apócrifos y espurios mientras suena
el eco del violín constante y ebrio
la escritura por fin desafinada

*

invade la celesta percusiones
sobre los pentagramas de las vísceras
y el muladar angosto de la sangre
la ecúmene poética reclama
los esmeriles la levitación
del tedio hacia los címbalos alzado
en el acoso la persecución
la grífula el asedio la espoleta
y el estruendo estallido de la frente
fragmentos y bisagras del poema
se empozan magnetizan en el ópalo
clandestinan el mífifo la astucia
constituyendo al fin la partitura

*

píxide engrana alocución sombría
prebendas dirimiéndole al preboste
oceánido anciano liturgiado
dicción escrita en dicróismo lapso
y el aluvión de diaspros computar
humillado el berilo cicatriz
verde expande huracanes de su sangre
gemado y calvatruenos la distancia
de la mano al espacio en blanco escruta
frisando 35 adjunto plagio
aderezos y augurios plagio he dicho
sombría alocución engrana píxide

*

lesbia la hoz en el tridente opaco
diatribas tegumentos en la página
inhalando curares y demencias

como una vulva de terror sensual
se resuelve en embates jeroglíficos
bajo el falo del lápiz transgresor
o bien antonio desmerécete
resuelve la aporía del poema
enquístate en el tiempo como un dios

*

agrede tras la frente con su furia
dispone su mancuerna tras los ojos
implanta su ataúd bajo mi cráneo
atenaza epitafios y aquelarres
lentamente mi ser mi vida asume

sal de mi predio lúcido cadáver

*

la blástula del verbo equinocciándose
entelequias amorfas hacinando
sobre los ictiosaurios de las zinias
pletorando la sangre las nuragas
pétalos de dolor la escolopendra
sobre el ojo con su desbocamiento
un alcaudón de trepanado vuelo
no esguince su arrebató tras la mimesis
de la persecución la palinodia
el pútrido artefacto del guarismo
el místico panfleto de la nada
y la esquizografía es mi anagrama

*

el cinabrio en los ojos la pupila
órfica en acrimonias redentoras
y el incólume lecho pedestal
tus piernas escandidas levemente
como un ofidio entrar hasta los hímenes
lentamente una noche dos mujeres
y la sangre dulcívirga beberla
o tal vez regresar al primer verso

*

con el plectro en la punta de la vida
la cúpula del cráneo seccionada
un volcán el cerebro y fumarola
la sangre en erupción endecasílabo
desidia sobre el fuego ígneos los ojos
una mujer de lava virginal
trenza su lesbianismo y atenaza
mi boca con su pétreo beso arrielo
copulando al homínido y los hímenes
volcánicos su lava me exorcisman
como un vendaval terco en la lujuria
de coitar con la página onanista
succionándole esperma semen verso
poema yugular viva poesía

domeñados los súcubos morir

*

gravitada la frente sobre el folio
liturgiar la palabra como un cáliz
hacinar el futuro entre estas ruinas
morir hecho pedazos hecho versos
el láudano del óbito en la mano
levitar el pasado siempremente
morir con esta muerte de ser río
violetar en la tumba unos gladiolos
el ápice el arúspice y el ónice
la sed de la gangrena en el poema
los túmulos los trípodas los tímpanos
anegar el dolor en el amor
y no obstante el verí antoniograciár

*

virilia la zabila zarco el glauco
el releje la rótula labiando
hespérides y pífanos al claustro
donde heníocos pigargos zacanean
la precipuciprecipitación
de obliterar guileña el prognatismo
y la onza azuzando me encadena
bajo el pigargo corazón hocica
buitreador de los pálpitos inertes
la indefensión abate zarco y glauco
tascando ciclos y panteras rújidas
insoslayando y agrediendo el tábano

persecutor de la absoluta muerte
olvidados el óbito en la carne
siempre fénix tortura siempre fénix
siempre alucinación y no espejismo
el gesto de la lepra me encanece
vacila la virilia ardor resiste

*

abro los ojos: miro mi interior:
el antro observo hipnótico y obseso:
la serpiente preciso la mangosta

*

el cerebro reptando bajo el cráneo
chancro sobre el reptil falo absoluto

*

muerde la yugular del mesolítico
la afasia desbocada turbulenta
la cripta de mi cráneo el esqueleto
anabásico asoma del naufragio
muero la yugular de la palabra

*

gira el trémulo dentro de la herrumbre
vestal airada y tráfuga demencia
estas que me dictó fúnebre mente
verso suicida al arrojarse al folio

*

si alguien me hubiera dicho la ortodoxia
el húmero en el verso y la bisagra
la frase sin hipébatos ni cóncaves
la metralla del vértigo en mi mente
locuciones innúmeras los élitros
la música coitando la escritura
si alguien me hubiera dicho que vivir
tengo miedo del monstruo de mi mente
la bisagra metralla la escritura

*

en el cuévano gris introspección:
la memoria origina las estatuas:
rinocerhombre extático en su expolio:

*

una mirada errática hacia adentro
y hallar la precisión definitiva
como un círculo pozo donde soy
el rostro de la cítara perdida
la caverna la nada:

sombras todo

un espejismo con sabor a espanto
la liturgia del fraude los cinceles
hundiéndose en la carne del dolor
estatuas azoradas libros como
un descenso hasta el útero del orbe
estrellas mutiladas firmamentos
cayendo en un alud sobre la página
azul roja de sangre iconos vértigo
crispado y el astrágalo varado
incólume en la hipnosis del deseo
desorientado y terco:

la vesania

de estruendosos zapallos incoercibles
moviendo inútil su desolación:
el ancestro el atávico la rúbrica
de ser solo la vida la premuerte:
morir entre los légamos del verso
como una ameba que nos ingurgita

*

el aladar atávico en la frente
y el trépano oficiando su orificio
penetrando el ancestro en una estígula
y en medio del oscuro laberinto
un antropoide pedernal y antorcha
vislumbra la caverna del cerebro
y ammonites retóricos y fósiles
rutilan las paredes donde antílopes
metonimias absortas y bisontes
afemias y disgrafias las rupestran

frente al fuego cautivo y un alófono
del rescate emprendido afasias rompe:
sendas camino en el zurrón los genes
y la obsidiana en múltiple batalla
determina el retorno veo mi fui
arrastro alud estenma primigenio
brotó a la luz por cráneos escandidos
vestigio soy por fin del gran poema
vástago del silencio empiezo a hablar

*

la invasión del sinántropo los dédalos
el zeúgma agresivo la sinécdoque
torvas las sinestesias en mi acecho
los rúnicos poemas amputados
y un saurio enloquecido bajo el cráneo
divisan la estrategia de la muerte
cercándome en el verbo morir:
soy un verso que escribe su derrota
el deseo de ser el libro eterno
la ceniza del verbo nunca escrito
solipsismo mi nombre solipsismo

entre los versos nadie sino yo

Hacia la luz

(1998)

Sístole

Preguntas por tu vida y no responde
ni el verso, ni la edad, ni la memoria.
Preguntas por tu vida y solo quedan
ruinas de identidad, fósiles vanos.
Nada has hecho que dé fulgor al hombre
y nada dignifica tu existencia.
Sentir que quien no ha escrito no ha vivido
es la sabia mentira en que viviste
y es la frágil verdad que no te basta.
Pretendes aceptar que la escritura
es la absoluta solidaridad.
Pero la vida es más que la palabra.
No es un libro este mundo. El corazón
quiere tacto, no pluma; es una página
donde la humanidad lee su misterio.
Preguntas por ti mismo y solo escuchas
un olvido estridente que te acosa:
la voz de quienes aman, sufren, viven.

Desolatio

¿Para quién tanto libro y tanta música
anaquelada, esmerilada, amada
al correr de los años, que encuadernan
tu mente ennobleciéndola, museo
de la belleza y la sabiduría
para entender el mundo y sus misterios,
si al final —si ahora mismo, en todo instante—
la luz se acabará y vendrá la muerte
a poner su herrumbrosa sombra oscura
sobre tu corazón?

Homo semens

Golpea el pedernal del tiempo, alumbra
la génesis del mar silente y veo
lascas de huesos, siglos astillados,
carne elevada hasta la inteligencia.
Una caverna exhibe su clamor
de júbilo rupestre, y la azagaya
del atavismo enérgico comienza
su viaje seminal por los milenios
taladrando esqueletos y fraguando
auroras y caminos en la niebla.
La exuberancia de la vida extiende
su lírica lujuria de hombre en hombre,
y cada gruta es una catedral
y cada manantial una pirámide.
Besos de sílex, cópulas de piedra,
ruinas, menhires, pálpitos grabados,
rostros de la existencia interminable.
Avanza desde el piélago el glaciar
inmóvil, renaciente, indestructible,
desembocando en páginas y lechos,
en ríos y conciencias de granito.
Alguien de arcilla abraza contra sí
otro cuerpo y se tiende sobre un dolmen
en la coital vorágine estruendosa,
reencarnando la anábasis eterna
hacia la luz, la cólquida infinita.
Sus ojos reverberan en mis ojos,
su corazón palpita sobre el mío,
mi cuerpo transfigura su materia
y la proyecta sobre el horizonte.
Soy su pasado, engendro su futuro.
El tiempo nos define. Y yo seré
el eslabón de la inmortalidad.

Reconstrucción

Toco la tierra, escucho su latido,
descubro la alegría en unos ojos,
siento el rumor del hombre cotidiano.
Todos los mundos caben en el mundo
de nuestro corazón;
todo el amor se agrupa en una boca
y son todos los besos solo un beso,
si la mirada es cierta.
Un hombre es otro hombre; y todos, uno.
¡Qué plenitud, si las campanas
del universo tañen en la sangre!
¡Cuánto júbilo arriando la tristeza
al desnudarse el alma sus presagios!
Alrededor de manos y de bocas,
susurros y silencios,
hay pájaros y lluvias y jazmines,
hay seres y no símbolos, hay vida
efímera y terrible, pero hermosa:
la luz
somos nosotros, la palabra
ya no es una metáfora,
la noche
es heraldo del día,
el niño y la mujer y el hombre sufren
y gozan el instante de estar vivos
con la felicidad de quien prefiere
sentir el pasmo de la vida,
amar,
hallar el corazón.

La túnica en el viento

Miamada: eres la luz, y siempre has sido
la aurora de mis días, y la carne
y el pan de mi existencia.
Sacio en ti cuanta sed habita al hombre.
Tus labios, porque me amas,
tienen forma de beso.
La savia sexual ha florecido
más allá de nosotros, y su urdimbre
se extiende al infinito.
Oriundo del amor, orfebre tuyo,
te espero en ese prado inextinguible
en donde el horizonte se renueva
como eterna atalaya divisándose.
Llevo tus besos y tu piel conmigo
y te dejo mi amor mientras tú llegas.
Serás conmigo más allá del tiempo
y, más allá del túnel, nos veremos
luz otra vez tú de mis ojos, círculo
de mi sed, herramienta de mi vida.
Pensar en ti llena de lluvia el mundo
y lo inunda de hiedras y diamantes.
Recuerda que te amé, que soy un niño
esperando tu amor para nacer.
Y si no vivo, víveme en tu boca,
resucítame tú, sé mi destino.

Libro de los anhelos

(1999)

Solo el amor

Alguien vendrá algún día y te dirá
que el mundo es un dolor interminable.
Quien no ha sabido amar
siente la vida como un odio oscuro
y donde hay claridad deja tinieblas.

Solo el amor pronuncia profecías.
Solo quien ama sabe que el amor
es el agua, la tierra, el viento, el fuego
de la vida.

Redención

Como si pretendiese
salvarme de mi muerte con la suya,
se arrojó a los abismos
dejándome entre el luto y el espanto.
Ahora vienes tú, cierva
surgida de los bosques del amor,
y sorbes mi dolor y lo sepultas
en las profundidades de tu alma.
Has cogido en la noche
mi corazón, lo has apretado
con tus labios de sangre
y has visto en él las diosas más antiguas
de todos los poetas
llamándome, esperándome.

aque­l que persiguió la plenitud
en los cuerpos oscuros y en los versos
tallados con dolor.
Pero tú eres la tierra, y en tu carne
están todas las diosas
y todas las mujeres,
incluso aquella que me dio la muerte
que tú has resuelto en vida.

Yo soy

Resurrección

Cuando yo muera quiero
que olvides que existí.
Estaré en tu memoria,
la que no recordamos,
la que nos hace ser
quien somos porque fuimos.
En tu cuerpo, mi piel
continuará abrasándote.
Viviré en tus entrañas
y estaré en las palomas,
dondequiera que mires
y no esperes hallarme.
Por eso yo te digo
que cuando muera quiero
que me olvides, que abrases
los cuerpos de otros hombres
que te sigan amando
con la furia del tigre
y el tacto de las rosas.
Piensa que si viviera
querría oír tu risa
y saber que en el mundo
permanece el aroma
de tus senos de mar
y tus muslos de escarcha
y el orgasmo estridente
de la creación forjándose.
Escúchame, alma mía:
déjame que me vaya
sabiendo que mis dedos
moldearon tu carne;
que mi vida creció
en tu vida y que existo
a pesar de la muerte
en la vasta armonía
de la existencia: tú.

Catálogo de pájaros

Tuvo Dante a Beatriz, Petrarca a Laura,
Garcilaso a Isabel, y Lope a Filis.
Amó a Lisi Quevedo, Herrera a Luz,
Catulo a Lesbia, y a Corina, Ovidio.
Cervantes le dio vida a Dulcinea
y Larra cantó a Armijo.
Envió Brahms a Clara partituras
y Tediato resucitó a María.
Por las anchas praderas del dolor
fueron Lautrec, y Poe,
Hölderlin y Novalis, y Espronceda,
y tantos corazones devastados.
Bien pudiera haber sido la escritura
mi destino:
pero eres tú, mi Oniria, quien entró
y saqueó mi corazón a sangre y
fuego.
¡Cuántos besos existen porque fueron
palabras más que bocas encendidas!
Todos nacen en ti y en mí
y somos su esperanza
porque en nosotros vuelven a besarse.
No es mucho que sus vidas nos den vida
pues tanto en ellos se gestó la muerte.

Revelación

¡Cuánta noche perdura en esta luz,
alma sitiada y frágil!
Has vivido creyendo que vivir
era huir de la muerte,
persiguiendo el amor sin entregarlo.
Y estás sola como un dolor inútil
que no tiene memoria del placer.
Dime: ¿De qué ha servido preguntar,
si la única respuesta es el silencio
y mientras preguntabas te morías?
¿No era mejor sentir sin entender?
Siempre se nace tarde a la existencia.

La conquista del pálpito

1

La verdad solo existe si la pluma
es eco de la mente, si la boca
milenaria repite el sentimiento.
En la noche ancilar,
el animal que conquistó su voz
pensó el mundo como una inmensa celda
y anduvo sobre el tiempo.
Trazó designios, escuchó su pálpito.
El universo era una caracola
sonando como un viento inextinguible
una palabra: inmensidad.

2

La columna se eleva, el arbotante
sostiene, el monasterio
ofrenda su solaz y sus cipreses.
Los sosegados pies llevan el alma
del corazón hasta la estancia. Abre
la mano que se abrasa de hermosura
el joyel de la ciencia bajo el polvo
de los siglos.
Los ojos se emocionan, el espíritu
recuerda ensimismado la caverna,
y el huracán y el vértigo del tiempo
baten postigos, ungen armonías:
desde los anaqueles asombrados,
cadáveres de rosas, furias vivas,
muestran la biblioteca.

3

Cruje el códice, exhala sus aromas
de rosa inmachitable,
y páginas y dédalos
ofrecen su clamor de vida:

el alma

mece su oscuridad y se ilumina
al sentir cómo endulza los sentidos
la miel de la lectura sosegada.

4

La noche desterró su hegemonía.
La claridad impuso sus antorchas.
Mientras disuelve el alma sus diamantes,
busca la vida seminar el tiempo,
la carne asedia la inmortalidad.

Transterramiento

Alejado del mundo, ya no existe
el mundo. O está en mí. Me pertenece.
Salgo al campo. Debajo de este sol
siento el paisaje como un cuadro antiguo.
Un pájaro cae muerto junto a mí
y la retina acusa su verdad.
Filtra la luz el vértice, el ocaso.
Las flores se marchitan en el lienzo
mientras mi vida fluye hacia la muerte.

La memoria verbal

Otea la memoria sus orígenes
y, al escribir, la pluma inventa
lo que fuimos, da fe de la existencia.
Somos carne de verbo, tinta errátil,
flujo del tiempo que se identifica
como ansiedad del rostro verdadero.
Fluyen lo recordado y deseado
y solo somos lo que queda escrito.

La epopeya interior

De tanto seducir el sol los ojos
la luz los enamora.
La oquedad de la mente se ilumina
buscando la situd en los sentidos.
Hay un sitio sin límites clamando
fronteras eternas, claridad.
La dulce algarabía
suena abisal como un torrente leve,
y la voz escandida
grita hacia adentro su canción:
el cielo
estalla azul sobre los mares,
las antorchas
irradian mansedumbre,
la tristeza
transustancia sus lágrimas,
los pájaros
invaden el instante,
la existencia
se llena de quietud.

Catasterismo

Arde el amor como un amanecer,
el éxtasis que busco está en tu cuerpo
y por tu carne asciendo a las estrellas.
La transfiguración invade el orbe.
Abre la noche su vagina inmensa.
Como un monstruo voraz, sorbe mi cuerpo.
Y en el útero añil de las galaxias
soy la semilla de la eternidad.

Reconstrucción de un diario

(2001)

Ascensión al origen

Monasterio o castillo entre las arboledas
perdidas en los montes donde anida el reptil
y el lobo se guarece del fantasma del frío
bajo la sangre hermosa de los amaneceres.

El jabalí y las aves de rapiña,
las lápidas enhiestas sobre el páramo oscuro
y el hombre solitario son las bestias que habitan
alrededor del muro y de la cúpula.

La enlutada avenida conduce a los hastiales
de mármoles difusos que maltratan los siglos.
Paramentos de piedra en bellas geometrías
hablan de talladuras y grandezas
todavía colgantes como lágrimas
que el trepidar del viento arrastra lentamente.

El postigo chirría como un grajo
y las salas se extienden entre vainas de araña,
laúdes y estruendosa juglaría,
rumor de antorchas y batir de espadas,
corazas tumefactas por el furor del tiempo,
la muerte acrisolada.

Aún quedan pergaminos en el aire
bajo la hiriente pátina del hedor y la sombra,
la mazmorra y el grito de la gleba.
Baladas y elegías que el viento desordena
al vagar por los túneles de hierro
desde el sitial alzado donde el libro
inició su aventura centenaria.

La voz escrita con silencio y ruido,
sangrienta tinta y desolado anhelo,
clama desde la roca levantada en el llano.
Y aunque parece senectud su herencia,
allí la vida sigue su curso interminable.

Égloga

El árbol tiene el talle de la mujer hermosa
que desnuda su cuerpo para entrar en el lago.
Ciñe el agua su carne como un amante triste
que renueva su risa al tocar la belleza.

Arrecifes pequeños como cisnes anfibios
emergen sus cabezas cuando el viento desciende
del monte y rige en ondas la superficie añil
donde en troncos y ramas navegan tibios pájaros.

La doncella esclarece la mañana al surgir
cubierta del rocío con que el lago la abraza,
y se tiende a la luz de un sol que bebe en ella
la misma imagen clara que espía el paje oculto.

La sombra de los cedros apunta hasta la roca
por la que fluye el agua que escapa al horizonte
llevando la hermosura de la mujer dorada
como un tesoro eterno que nadie ha de robarle.

No piensa en sus meandros el río: se interesa
por su curso. Pues no es el mar la muerte,
sino el lugar en donde se funde al infinito.

Crepitación

Tras las flores esconde sus senos, y su rostro
lo enmascara el cabello. El alba de una pierna
deja que se adivine su hermosura
detrás de las estatuas que impiden cautelosas
mostrar la plenitud de la cadera
y el fruto iridiscente.

En los ojos traviosos brilla un punto lascivo
que estremece su cuerpo hasta el pie alado
del que aún penden las gotas de la lluvia.

Inocencia y malicia se hilvanan en el juego
mientras, como un rocío, el pezón más osado
sacude en la inquietud del devaneo
la música del agua del manantial hermoso
y llama a aquel que mira
ansiando darle sed y saciedad.

La soledad sitiada

La sombra de una estrella ilumina la noche
mientras la pluma sorbe la tinta, el arrebató
de repetir palabras herrumbrosas
que justifiquen la existencia.

La jauría persiste en su alarido. Una ardilla
con sus errantes patas escribe sus memorias
sin orden sobre el suelo. No consigue encontrar
la grieta sobre el muro por donde se extravió.

La chimenea aroma con su resina ardiente
el gris salón, y el hábito plisado en el escaño
no impide ver la rubia cabellera
como un río de oro sobre el pecho.

Una mano acaricia la piel y pulsa llantos
cerca de la vihuela olvidada en la mesa
donde vinos y frutas van manchando el papel
con su caligrafía de embates sostenidos.

Cesa el gemido dulce; y el dolorido verso
ya no puede leerse, ni tampoco
la alegre biografía de la ardilla.

La tinta derramada

El gato montaraz y el águila solemne
acompanan su huida y su persecución
entre los riscos húmedos del hielo desatado
en la ladera donde el viento hostiga.

Enjambrada de aristas, convertida en ariete,
una bola de nieve desciende desde el cerro
y rompe el ventanal irrumpiendo en la sala,
asombrando a la dama y ajando el candelabro.

La oscuridad permite que entre la luna llena,
redonda como el beso que espera consumarse;
y se ilumina el códice que las manos miniaban
antes de la sorpresa y del desasimiento.

La suavidad del labio desborda el pecho henchido,
y el camisón rasgado, junto a la espada altiva
y sobre el escabel, revela el ledo ensalmo
del amoroso lance oculto en la biblioteca.

En el suelo una perla brilla como si un ojo
hubiese descubierto el secreto luciente,
y en la pared los cuadros avisan que las sombras
son confidentes mudos de caricias y besos.

Una campana tañe su música liviana
y el frío de la noche acerca más los cuerpos,
que miden con la espalda los sillares y sueñan
con grabarse en la piel la figura del otro.

Madrigal con estrellas

En el espejo donde te miras cada día
guardas las joyas de tus ojos, prendes
el oro en tu cabello más dorado, engarzas
en tus mejillas azucenas, brindas
la boca más frutal de los campos del feudo.
Ese joyero dice
que el amor es belleza y a ella tiende.
Y el trovador te espera con su hechizo
sobre las frondas del dosel del bosque.

El tiempo es un espejo que repite un presente
de un mundo irrepetible.
El amor transfigura la materia
como el dolor transforma su sustancia.

Apiádate de ti, muerde la vida.
Guarda tu corazón en el joyero,
no tu belleza ni su piel trizada
por la piel del amor y la pasión furiosa,
porque tendrás mañana solamente
espejos rotos, carne aleteante
que querrán destruirte la memoria.

La cámara secreta

Por los claustros desiertos y los pasillos fríos
el viento alza las teas y propaga su olor
hasta exhumar los cirios seculares
entre las galerías y los sótanos.

El gozne y el sillar mueven el pasadizo
y los altares lóbregos muestran sus telarañas
como tediosas manos que acarician el tiempo.

Las vidrieras destilan el sol como una luna,
y cae la penumbra sobre el óxido oculto.

Muchas noches de ungüentos y mísera ambrosía,
extenuados y enjutos, envueltos en un raptó,
en la capilla duermen los sexos fatigados.

A la sombra del túmulo

La cripta acoge el cuerpo y engarza su belleza
en las sentinas de la oscuridad,
y zafiros y cierzos, violetas y crespones
quedan sellados bajo la elegía
del salmo plañidero que la tierra sepulta.

Una daga de plata y un dorado incunable
custodian a la hermosa
en su viaje al silencio, la armonía y el tajo
que la memoria talla sobre el noble.

No será más sublime la muerte abandonada
ni mayor soledad habitará el castillo
donde la juventud alegró la experiencia
y la sabiduría aprendió a sonreír.

No crecerá el amor debajo de la tierra,
ni los senos miniados en noches maculadas
cuando el fragor del alma atormentada era
un manuscrito ansiando ser leído hasta el alba.

Esta noche tan solo se escucharán las notas
del corno entristecido ululando en los túneles.
Y nadie osará hablar por temor a la espada
sedienta de cabezas y cuerpos mutilados.

El caballero herido velará junto al ciervo,
la péñola y el códice, sumergido en la oscura
mirada a los recuerdos que, como miniaturas,
saltan tristes y alegres por estancias y lechos.

Y el azor peregrino ha de esperar en vano
al señor de la guerra vencido por un beso.

Madrigal con espinas

He buscado en el mundo y en los libros
el sentimiento pleno, la religión más alta,
y los hallé en el fondo de tus ojos
y en el abismo breve de tu carne.

El brillo de la espada surgiendo de la herida
no iluminó el amor con luz tan clara
como el destello que alumbró mi cuerpo
al golpearlo el pedernal del tuyo.

Nunca el gozo elevó mi espíritu a los cielos
como el beso de nuestras almas.

Ahora

la muerte desatada que encadenó tu vida
me apresa en el dolor, y lo que fue apogeo
y plenitud es ruina en la memoria,
pues también el recuerdo es otra muerte
y solo abrazo sombras si te abrazo.

Hombre

Naufraga la razón y el sortilegio
de la lógica muere. La materia
no explica la sustancia. El arrebato
que nos acecha y que nos transfigura
no es de sangre ni arcilla. El corazón
siente el fulgor, acepta lo sublime
queriendo retenerlo; y solo roza
esquirlas de belleza y plenitud.
Hay una grieta atávica por donde
la inmensidad azul emerge clara
y el cuarzo se convierte en un diamante
tallado en el cerebro. Esa alta cima
de los sentidos teje su albedrío
y fracasan ante él la inteligencia
y los asedios de la voluntad.

El godo milenario

La osamenta derrite su color y su muerte
bajo el sol de la estepa, y otra vida
nace de aquella tumba que oscurece la tierra
con posos de palomas y alimañas.

El dolor guarda luto en el lugar más noble
del corazón que amó: las mismas flores
que tributa a su amor perfuman su tristeza
y engastan la alegría en su savia roja.

La rubia cabellera que encadenó las manos,
la voluntad y el tiempo, cede su magia azul
a las guedejas negras y la mirada verde
de quien hace soñar a quien temía
volver a amar.

El esplendor renace con sus cirios y músicas,
y los pájaros cantan, las estrellas sonríen,
los libros iluminan:

y no es que se ame más

la existencia, sino que vuelve a amarse
igual que si la muerte no existiera.

Junto a la barbacana

Desde la torre enhiesta como una garza herida
por ruinas de batallas y estrépitos del tiempo
se divisa el azul del horizonte
ahora que el corazón está sombrío.

No recuerda otra aurora más luciente y desnuda
de la clara alegría que endulzaba su vida,
y como una derrota mira cuanto le espera
más allá de los muros o entre los anaqueles.

El bárbaro invasor que lo aprestó a la guerra
ni le importa ni agrade. Los juegos amorosos,
las máscaras y el baile en los que descansaba
su esforzado acordar de color y vitela
van quedando tras sí como armas enmohecidas.

Solo se siente vivo cuando mira unos ojos
que lo miran y escrutan desde la letra hermosa
y los dibujos cálidos que fulgen en la página
con su vigor antiguo o su reciente trazo.

Junto a la mesa umbrosa y la almenara firme,
el arcoíris trémulo disuelto en los tinteros,
la péndola esgrimida con levedad, el tacto
de la noche y el ruido del calor luminoso,
quiere pasar los años que su vida le otorgue.

El amor sabe a rosas y a vino almibarado
y deja entre las sábanas el olor de los códices
recién miniados y ázimos de manos malingradas.

Abrazado al crepúsculo herrumbroso,
ese desasosiego de la lumbre
y el fragor de la estancia silenciosa
recuerdan el clamor del alma erguida
a la divinidad más absoluta.
Una música atávica reina en aquel recinto
y el cosmos obedece a su cadencia.
Desde aquí puede huirse a las estrellas.

Un poema de Horacio, un madrigal remoto,
un laúd estevado, tal vez un ciervo hendido
y la mirada verde de la mujer morena
serán su nueva tierra.

La bruma disipada

En vano el horizonte se oscurece
y asoma la tormenta por los picos del valle.
El corazón ha puesto la luz en su interior
y no hay sombra que logre oscurecerlo.

Podrá llover cien noches dentro del alma, alzarse
el cuervo en las entrañas, caer inútilmente
la piedra de la cima, desvanecerse el agua,
tener como enemigos a los dioses.

Cada mañana es nueva y se ilumina
cuando el ocaso quiere ensombrecerla,
porque todo crepúsculo es un fuego
con que se enciende el alba.

No hay descanso en el gozo cotidiano.
El rumor de los trigos hermosea
los campos del dolor,
la espada se depone por la pluma,
la tinta es más fecunda que la sangre,
y anaquelar el mundo es más hermoso
que conquistar los predios de la muerte.

Las ruinas

La piedra derruida aún recuerda su magia
y su esplendor. Los cipreses de hoy fueron
chorros de luz trepando por el aire,
sosteniendo palomas encendidas
en el alto sitio donde los cielos sueñan.

Músicas y armaduras compasaban su estruendo
cuando césares, nobles y doctores
cruzaban los umbrales, y la trompetería
tremolaba banderas. El fulgor de las lanzas
hendía el corazón de las doncellas.

Llueve

nostalgia en esas torres. Suena
la algarabía de los triunfos.

Los fuegos y el amor, hasta el amanecer
durante siglos en aquel castillo,
dejaron paso al viento y sus aristas.
Las murallas cayeron
mordidas por el tiempo. Las espadas
desenvainan herrumbre.

Perdura en el recuerdo la belleza
de lo que ya murió.

Mas la memoria

inventa su experiencia.

Y todo es muerte.

Epitafio con lirios

Inclinado ante el libro resucita el pasado
sintiendo los delirios de quienes lo escribieron.

Las ramas del alerce rozan los ventanales
prolongando su aroma en la estancia serena.
El crepitar del fuego devasta la memoria
cuando la mano inicia su recuento en la página.

Las brasas aún le ofrendan su arcaduz de belleza
y entre los cortinajes de tules ruginosos
perviven los fantasmas anhelantes.
La palabra trasiega su incensario en la noche.

La péñola en la mano sueña escribir su gesta
para esculpir su nombre sobre el tiempo.
Mas la Muerte le dicta con sigilosos versos
que también la palabra es un cadáver.

Locus amœnus

Sobre el lecho transido espera la otra muerte
rodeado de Byrd, Durero y Garcilaso.
El respirar ya ocioso no le impide vagar
de la música al lienzo y a la página.

En el pretil de sombras que cercan su agonía
está el *Joven azul*, *Muchachas en el puente*,
un verso de Petrarca, una nota de Scriabin
y la Madonna Elisa que todo lo comprende
porque venció el dolor con su sonrisa.

Tanta belleza extingue tanta melancolía
y disipa la angustia del mundo que se acerca.
Si detener pudiera la vida en ese instante
elegiría ser el acorde infinito,
un cuadro inacabable, un verso inextinguible.

Todo a su alrededor se ennoblece en la noche
y una bruma feliz envuelve sus tinieblas
mientras el otro sol amanece y le otorga
una diafanidad interminable.

La epopeya interior

(2002)

Errante

Entro en el territorio de la muerte
en busca de la vida.
La noche, y el horror de su leyenda,
impone escalofríos en el alma,
y la sombra del túmulo disuelve
la visión del misterio luminoso.

Derribo calabozos, alzo criptas,
oreo laberintos, pulo el cielo.
Una puerta secreta se ilumina
y descubro la suave transparencia
de la templanza.

Locus horribilis

Todo lo arrasa el tiempo con su furia
y lo que fue nunca existió.
Los sueños se convierten en anhelos
y la esperanza en ansiedad doliente.
La conciencia se llena de penumbras
que devanan la luz
entre las simas de la soledad.
Sortilegios y hechizos se derriban.
Se desvanece el éxtasis del ansia.
Y de los paraísos que forjamos
solo queda, en la noche,
la lucidez esquiva del dolor.

Un paraíso

Aquel que en nada cree, solo en sí mismo cree,
y solo hasta su frente eleva su esperanza.

Vencido el desengaño, no distraen su esfuerzo
artífices solemnes de fábulas oscuras.

En sus manos acoge las bridas del destino
y confía en los hombres, no en el brillo azaroso
de conjuros o emblemas. Si fracasa, conoce
que humana es la derrota, y vuelve a combatir.

Mas si triunfa su empeño, siente que ese fulgor
que lo invade es el único paraíso que existe.

Alegre porque ha dado con su vida más vida
a la vida del hombre, afronta la existencia
como un flujo de sueños y voluntades fértiles.

Y cuando el tiempo agota su manantial, acepta
que la muerte es el fin que hay en todo principio.

El secreto

Cuando sientas que el mundo te derrota,
no intentes combatirlo.

Edifica un castillo en tu interior
y cuelga terciopelos y templanza
en sus muros. Dispón un fuego manso
junto a la mesa de la biblioteca.

Mira el cielo brillar entre las llamas

y los libros. Inúndate de luz
en la frágil belleza de los cuadros.

Escucha el clavecín mientras tu pluma
persigue en la escritura algún sosiego.

Verklärte Nacht

Abro el libro en la noche
mientras la nieve siembra su blancura
sobre la oscuridad del yermo.
Dos leños dan calor
a la estancia afligida.
El manuscrito dicta su experiencia
de siglos en mis ojos
y comprendo a los hombres, funerales
soñadores del tiempo.

Golpea el alba las vidrieras. Paso
una hoja miniada
y fluyen, de repente, los inviernos
en ella, y el verano;
y otra página trae la primavera
y me deja en mitad de un largo otoño.
Metáforas y enigmas
me asedian con su errante
ubicuidad inmóvil.

Ha pasado el futuro.

El fuego ya es pavesa, el candelabro
mantiene su fulgor, mis ojos miran
el espejo que siempre me repite

en su cripta inmortal.

Mi mano se desliza por la piel
de las hojas, y asoman los milenios
como lentos corceles desbocados
por la caligrafía fervorosa.
Estoy en cada instante, en la espesura
de la historia, en la flor, en la montaña
y el mar; yo soy todos los hombres
sentados ante un libro
y armados con la pluma.

en mí su transparencia.

Prosigue el vendaval, cuaja en la estancia
el frío de los astros, el glaciario
de la noche.

Como si el alma fuera a eternizarse,
estalla el codicilo

Lega el verbo

y el espejo repite el universo.

El himno en la elegía

(2002)

Causa

Amanece en la sombra. De la montaña baja
una niebla encendida que envuelve los olivos.
La llamarada densa pone fuego en la nieve
de la blanca llanura, y el sonido del bosque
despierta aleteante. La ululación del lobo
rasga la oscuridad; el viento bate nimbos,
estrellas congeladas, enardecidas lumbres.
En el umbral gozoso del alba de la noche
una esfera de luz centellea sus pétalos
con un rumor de aromas y presagios. El hueso
y el corazón perciben la alacridad del aire,
estallan entre brumas. Brilla la oscuridad.
Y la contemplación
convierte al hombre en un dolor que anhela.

El sosiego

Está el dolor callado. Finge el cielo
palomas en la noche. Una armoniosa
placidez ilumina los sentidos
y el corazón se expande arrebatado
en himnos y quietud.

Qué extraño es el instante en que el sosiego
nos trae la suave dicha
de la contemplación de un paraíso
real. Y qué amargura
el retorno al infierno y sus asedios
tras de la brevedad de ese reposo.

Potestad

Grita el viento. La noche queda fuera.
Como un notario, apunto las cosas que poseo:
el mar y las estrellas, el horizonte alado
donde el pájaro ondea dibujos invisibles,
la montaña y el bosque,
los libros, las fragancias, el otoño,
la música y el sol,
las palabras azules que transforman el mundo,
la lluvia y su arabesco solitario,
mucho melancolía y un poco de esperanza,
espejos que repiten los anhelos.
La noche queda fuera, o nace en mí.

Anoto algunas cosas como argumento mágico
de que la soledad no existe.

La búsqueda ancestral

Hace un millón de años, el hombre contemplaba
el crepúsculo, luego
de haber cazado el alce, o defendido
el cenagoso oasis bajo la gran caverna
del cielo; y descansaba
tallando en las paredes
animales y signos, metáforas y estrellas.

Pasaron los milenios. El ocaso seguía
admirando a los hombres
que, a las puertas de Atenas,
reposaban después de la batalla,
soñando con la anchura
del secreto universo
entre urdimbres y brújulas.

Y los siglos corrieron tras el tiempo
y levantaron pórfidos y torres
bajo el sol, que ocultaba
su lumbre cada día
a quienes lo miraban desangrarse
en púrpuras enjutas.

Legó el ansia su fábula.

Dentro del corazón hay una isla
con prados y palomas, almendros y granados.
Siguiendo los senderos del tilo y la retama,
se llega a una alta roca,
como un ciprés erguido
cerca de las estrellas; y desde su estatura
desciende el infinito hasta los ojos
y es todo transparente.
El mar bate sus olas y baña el cielo azul;
el día se confunde con la noche
en una penumbrosa claridad,
y la brisa trasiega
la luz como una espora
por todo el firmamento iluminado.

Allí quiero llegar para quedarme,
luz yo también,
contemplando la dicha, el color de los días,
la soledad fecunda.

En el silencio

El libro sosegado y la esforzada pluma,
si no elocuente, mi existencia rigen
y mi tiempo consumen, entre flores
y pájaros. Medito
sobre la transparencia de las cosas
y el laberinto de los hombres. Siento
el sol sobre la página y la piel.
Deja la noche
en mí su lasitud. Me embriaga
la secreta armonía del olvido.

Ayer eran oscuros mis paisajes.
Hoy todo se me vuelve claridad.

La plenitud

Por las mañanas, miro el horizonte
nebuloso. Ya el sol
no amanece como antes.
Con sigilosos pasos, una sombra
brillante se me acerca, y es la muerte
que viene a recordarme que mi vida
se despide de mí y me deja solo
frente al umbral.
Me digo entonces que las noches son
presagios y recuerdos
de esa región dormida a la que llego
dolorido y cansado.
Cuántos, antes que yo, miraron tristes
la bruma luminosa
y observaron su horror o su esperanza.
El viento aún guarda aullidos
y plegarias inútiles.
Yo me siento a la orilla de la tarde,
cercano a alguna fuente,
y procuro callar y sonreír
como si fuera a hablar, por fin, conmigo.

Por una elevada senda

(2004)

Sobre la tierra

Siente el instante esplendoroso: cómo,
de súbito, la noche se ilumina
y se detiene el universo en lo alto
de una nota del ave, sobre el libro
que repite su voz ensimismada.
Enmudece el silencio
en un himno gigante y extasiado,
fuera del tiempo. Todo se conjura
para que el alma, al fin, pueda abrazar
en la revelación la plenitud.
Pero ve cómo estalla la armonía
de súbito también, se desvanece
el fulgor infrangible y vuelve el hombre
al tedio cotidiano.

Pálpito

Aquel que no conoce la tristeza
no tiene corazón, y quien la siente
jamás ha de saber que la alegría
es la savia que rige el universo.

Hay espacios serenos, llenos solo
de júbilo y quietud: un libro amable
miniado de hermosura, la delicia
de un clavecín soñando en el ocaso.

Mientras suena la *Ofrenda musical*
y medita en mis ojos la lectura,
la eternidad detiene su fulgor.

En ese instante hermoso y dilatado
siento la beatitud transfigurarme
y se disipa la melancolía.

Recuerdo y profecía

Amanecen los lirios y la aurora se embriaga
con perfumes y estelas que la luz transfigura
en ojos invisibles y ciegos resplandores.
Camino entre las gotas de escarcha, entre los rayos
del sol adormecido. Despierta la abubilla
y responde el jilguero. Las hojas quebradizas
bajo mis pies murmuran la muerte del otoño
y ese antiguo dolor que hace del hombre
un animal hambriento de alegría.
La tierra huele a sed y a lluvia. Resplandece
el amoroso aroma de la fecundación
del agua sobre el surco. Los árboles acogen
suavemente la brisa y el campo se desnuda
y abraza el nuevo día.

Me recuerdo de niño

*bajo la higuera erguida, con sus frutos
almibarando el pecho de mi madre,
dejando su sabor, y el de mi madre,
en la succión voraz que sembraba en mi boca
anhelo y saciedad, semilla de una sed
de agua carnal.*

Escojo el camino del sur:

un arroyuelo perezoso corre
hacia el llano fecundo, donde el naranjo guarda
la frutal armonía que estallará en el tiempo
en que el mundo regala su esplendor a los hombres.
La colina desciende con levedad y calma
al compás del arroyo, cuyas aguas serenas
refrescan entre légamos las orugas, las hojas,
mientras pulen el lecho de roca centenaria.
Al pie del montival una aldea despierta
bajo el sol desvaído. Corderos y lebreles
corifean la luz, estrangulan la noche
en un juego impasible que repiten los siglos.
Huelo a nostalgia antigua, a carne requemada,
a cataclismo mágico.

Me recuerdo de niño:

*hace milenios, frío y estriado por la lluvia,
asombrado, de pronto, por un color caído
del cielo sobre un árbol; y el furor y el espanto
de cuantos rodeaban mi vida en la caverna;
y cómo se acercaron a aquel monstruo de luz
y de calor en medio de la noche
hasta que consiguieron dominar su fiereza,
despedazar su furia y traerla a la gruta
para que iluminara la gran noche del miedo*

*y para que frotase, lejano, nuestra piel
devastada.*

Aquel humo amoroso y tizado
surge de los hogares en altas chimeneas
desde la lumbre antigua, reparte sus aromas
por la alegre mañana y siembra nubes
que repiten el eco de los niños,
el mundo edificado día a día por seres
que viven cuanto sienten en una égloga hermosa
de amores y dolor entretreídos.
Es una noble aldea. Cuelgan del tendedero
trozos de vestimentas y de felicidad
sencilla y clamorosa. Una puerta se abre
y un anciano se sienta junto al sol; el vacío
de la extensa llanura se llena de hopalandas
y el rumor de la vida se esparce en un trasiego
de vaivenes y prisas.

También yo fui feliz:

*despertaba en el alba, corría hasta la higuera
y sorbía los higos devorando a mi madre,
mientras los pajarillos, lujuriosos, llevaban
en sus picos migajas de sus pechos henchidos,
me robaban su néctar, se asomaban al vuelo
que mis pequeños brazos me impedían alzar,
triste y alegre yo, jilguero humilde, sueño
nunca cumplido.*

Dejo en esa villa ardiente
mi infancia arrebatada, mi redención fecunda.
Y sigo a las gaviotas, que trazan en el aire
sus arabescos grises hacia la mar, errante
como un ídolo añil buscándose a sí mismo
entre el cauce y la arena. Camino silencioso
junto a olivos y encinas, guiado por la música
de una orquesta de vidrio en la que un piano azul
se obstina en repetir el fragor de las olas
sobre el acantilado, donde pájaros y algas
componen un paisaje de tristeza
sedienta de alegría, y un esplendor oscuro.
En la mirada fija del océano veo
el ensimismamiento de una divinidad
desterrada hace tiempo: su ventura marchita
destruyó las palomas e impuso en la conciencia
desasosiego y ansia, persecución y búsqueda.
Se aleja la mañana.

En su peregrinaje,

*buscando el resplandor del cielo sobre el árbol
—aquella maravilla que solo el pedernal
imitaba un instante— corrió el hombre fronteras,
contó estrellas, anduvo detrás del astro alzado
cuyo fuego sedoso se ocultaba en la noche:
y así el sol era el norte que ordenaba mis días,*

*los de todos nosotros, a través de senderos
y milenios: llevábamos tatuada
en la frente la imagen de la luz:
el talismán. Y el orbe y la existencia fueron
un viaje hacia el edén entre cavernas, fieras,
pirámides, babilonias, monasterios y ruinas
del anhelo: la lucha interminable
por la derogación del flamigerio,
el retorno a la dicha, la conquista
del primer día.*

Han pasado cuántas horas aquí,
cuánta mañana y tarde antes de sorprenderme
este ocaso incendiado como un alba
sobre los arrecifes, nidos de sal y caracolas,
escuchando el sonido de los siglos,
semejante este mar a un réquiem esforzado
en cantar como un himno, o una canción de cuna
que una madre meciese bajo los higos dulces,
bálsamo alegre contra la gris desolación.
Y se expande el clamor de la montaña de agua
tendida sobre el dorso de la tierra,
sirena jubilosa en una danza inmóvil.
Mientras, la noche grita: *Amad la claridad.*
Pero toda belleza es horror y amargura
para aquel a quien nunca le fue dado gozar.
En la alegría están las ubres de la vida,
dice el mar, canta el pájaro, sueña la infancia, reza
el anciano. Entre tanto,
el hombre gira y gira en torno al gran secreto.

Me anega aquella historia: de la carne
y del sueño se fueron desprendiendo
estigmas y leyendas, presagios y derrotas;
y las esquirlas del dolor cayeron,
cenizas del recuerdo, en el olvido.
Pasaron los diluvios y brotó
el manantial donde la transparencia
transfigura las ruinas en semillas.
Y fue un rumor de paz para mi sed:
todas las venturanzas del vivir
se hicieron miel y leche en su regazo,
raíz, eternidad, resurrección.
Del fondo del dolor emerge un himno,
heraldo del lugar desde el que clama
la luz en el desierto.

El lugar

Es apacible el sol sobre los llanos
y el claro río. Un bosque de cipreses
y flores rojas abre el horizonte
bajo el azul. Hay mirlos encendidos
alzando pentagramas en el aire.
Una fuente da luz con su fulgor
a la mañana. El agua hermosa dice
que la alegría inunda el universo.
Allí quiero llegar para quedarme,
luz yo también, eterno.

Por una elevada senda

Si yo supiera decir
cuanto, sin palabras, dice
mi corazón a las cosas,
al mar y al viento, a la lumbre
de los íntimos sentidos
que me escuchan y responden
como la piedra a la piedra
y el agua al agua, o la luz
al puro ensimismamiento,
mis labios pronunciarían
los secretos y vislumbres
que el alma guarda en la sombra
desde el principio del tiempo
y que tan solo conocen
la flor, el pájaro, el alba,
esos instantes ocultos
como dones misteriosos
en los que se transfigura
el anhelo en realidad,
la claridad en pureza.
Entonces, la clara bruma
del presagio estallaría
como una revelación
en la estancia donde habita
mi ser esperando ser
inmensidad, transparencia.
Y con los ojos cerrados
abiertos hacia la luz,
contemplaría los fuegos
y los glaciares que agitan
el espíritu y lo elevan
allí donde la pluma se detiene.

Hacia el origen

Todo está lleno de luz.
El alma bebe en la sombra
manantiales de sosiego,
y se ve a sí misma, clara
efigie de la verdad.
No sé cómo, la pureza
del agua todo lo envuelve
de transparencias. El cuerpo
se diluye. Todo cuanto
era oscuro es claridad.
Descienden, yo no sé cómo,
los cielos hasta mi frente,
y enigmas, esfinges, dudas
desvanecen sus secretos
no sé cómo, se revelan
como un misterio que alumbra
la eternidad: el instante.
El aire estalla en fulgores
y una gélida fragancia
vesperal invade el mundo
de repente, no sé cómo,
mientras la noche ilumina
los ojos, el corazón.
Todo se llena de estrellas
y renace, no sé cómo,
la infancia: la luz perpetua.

Devastaciones, sueños

(2005)

El astro enfebrecido

(palimpsesto sobre T. M.)

Mira los ojos: cómo transparentan
la luz del universo, donde el alma
es infinita; observa, enfebrecidos,
esos labios, por los que emerge el mundo.
Siente el cuello, que yergue la cabeza
y se abre sobre el pecho como un río
apaciguado; escucha el corazón,
su músculo sonoro, su sangrienta
geometría, el cúmulo de gárgolas
ardientes; y las vísceras añiles
enrojecidas por la voluntad
de la creación; los vasos y los filtros
ordenados en mágica armonía.
Contempla el firmamento esplendoroso
del epitelio cósmico interior,
las mil estrellas que el cerebro fragua.
Mira cómo se ordena el caos; mira
cómo surge la nada y se transforma
en cálida materia inteligente;
y cómo se dilata en los pulmones
y se expande en la rueda de la vida
hacia el pubis sediento. Observa, palpa
la humana simetría; huele el tacto
de las manos, los muslos, la osamenta
vestida con la carne que se burla
de toda podredumbre y canta firme
su exaltada salmodia, la lujuria
de la pura existencia incontenible,
irresoluble en muerte. Abraza el cuerpo,
repite su clamor y niega entonces
la furia del vivir y su conciencia
de eternidad.

Exaltación de las ruinas

Qué importa que esta piedra no ofrende la memoria
de excelsos mausoleos o palacios,
que no exhiba estandartes o ludibrios,
y que sobre sus ruinas calcinadas los cuervos
ocupen el lugar de las palomas
o las solemnes águilas. Se alzan
en la desolación de su miseria
ejércitos de risas y de llantos,
batallas y alegrías de un país extinguido.
Vasallo y rey yo fui de aquel imperio,
y cuanto permanece entre la herrumbre
es sueño y soledad, crecida ausencia,
aherrojados testigos de una infancia doliente
y heroica que fue mía,
y es hoy devastación y laberinto,
semilla oculta que renace en mí.

Lo inolvidable

Recuerdo aquel dolor y aquella dicha
de saber que cesaba el sufrimiento,
a veces.

Y los suicidios nunca consumados,
más dolorosos que la propia muerte.

Ceniza sideral

Cansado cuerpo mío: acabarás
matándome, enterrando
el cadáver de mi alma en tu sepulcro
de carne fracasada. Este clamor
de eternidad que soy irá cediendo
su luz ante tu sombra, y las cenizas
no albergarán más fuego. Mientras tanto,
escucho el palpar de tu existencia
tan próxima a la mía; admiro el frágil
armazón que me sirve de camino
hacia el color y el tacto: el mundo
sabe de mí porque lo abrazas; yo
lo reconozco porque en tu retina
se refugia el azul y vuela el pájaro
y duermen los crepúsculos.
Pronto me dejarás, cuerpo cansado;
cesarán tu fulgor y tu promesa;
mi ceguera será
definitiva.

El otro

Alguien que no soy yo me está mirando
desde la oscuridad; y con sus ojos
inquisidores grita que le usurpo
su propio ser, esfinge
del naufragio del tiempo.

En ese laberinto interminable
de espejos y tinieblas, no hay más luz
que la del fuego, sombra
en la que reconozco una batalla
atávica y yacente.

Yo soy el otro que me está esperando
y aquel que puso su semilla en mí,
me digo en plena noche, encadenado
al ángel o al demonio. Y aunque llega
el alba con sus breves resplandores,
el dolor de no ser me pertenece.

Homo moriens

El furor de la piedra, la suavidad del aire
y el himno de las cosas,
todo cuanto surgió de los océanos
y fraguó su materia sensitiva,
se concilió un remoto amanecer;
y el engranaje de la voluntad
tejió el hueso con astros, manantiales
y ruinas,
hasta que el universo se hizo carne.
Corrió la sangre por las venas, puso
la luz su incendio en la materia, y fue
el estallido de la inteligencia.
Cuévanos en la entraña, linfas dulces
y osamentas de roca diseñaron
la geometría que llamamos hombre.
Después de tanta lucha,
ahora que fluye la ardorosa magia
del vivir en tu frente, y su relámpago
construye mundos, porvenir secreto,
mira cómo la muerte te destruye
y todo lo que fue sueño o derrota
se disuelve en ceniza.

Oda para un cadáver

Este cuerpo que ha dado tanto amor
y tanto ha recibido, ya divisa
su ocaso en el azul del horizonte
y en la errante mirada de los astros.

Donde hubo potestad, queda ambición;
y donde exuberancia, decadencia.
En sus miembros aún brilla
el fulgor de la carne,
y estremecen su entraña los asedios
del tacto y el sabor, la risa fresca.

Se derraman las bocas como oscuras nostalgias
alrededor del músculo callado,
y la herrumbre se esparce lentamente
por la marchita realidad del sueño.

Quisiera ennoblecerse, derribar
la voluntad del tiempo,
mirar solo la efigie de una vida
liviana y venturosa.

Pero llueve el invierno sus metales
sobre su corazón, que anhela y vive
más memoria que olvido, indiferencia
y no ebriedad sin nombre.

Siente que llega la devastación
ajena de la edad; y no le bastan
la fábula que aún sueña entre sus huesos
ni los placeres de la inteligencia.

Legado

Pienso en ti.
El mundo yace en calma.
La noche brilla oscura
sobre el dolor del hombre.
Aroma los recuerdos el jazmín
y la memoria dicta
la soledad de haber vivido mucho.
Lanzo palabras como redes densas
para apresar la vida.
¡En esta noche hermosa y milenaria
hay tantos escribiendo y esperando
ojos como los tuyos que comprendan
cuanto le confiaron a su pluma!
Tal vez ellos se busquen en mis versos
igual que yo me he hallado en los de otros.
Un día moriré,
y quedaré tan solo en tu mirada,
única luz donde logré escribir
mi nombre verdadero.
Mas también tú te irás.
Y toda esta tristeza y este esfuerzo
serán un sueño repetido y roto.

Ofrenda y redención

He pasado mi vida buscando al hombre eterno,
cuanto de él hay en mí, para saber si soy
hermano de su especie o criatura sin nombre.

Bulle en mi ser su carne doliente y metafísica;
y combato sus ansias; y me acosan sus tedios.

Sed de inmortalidad y conciencia de muerte
hacen de la existencia un campo de batalla
en el que yace herido, y humillado, mi espíritu.

Quisiera liberarme del dolor de existir,
y procuro mi muerte. Pero cuando el puñal
briza mi corazón, un manantial dormido
brotaba de no sé dónde y me impulsa a decir
cuanto de mí conozco, pues así hallo sosiego;
y acaso también sirva mi búsqueda del alma
para que otras criaturas presas de indefensión
encuentren una luz entre las sombras.

Tal vez en esa ofrenda halle yo algún consuelo
con el que mitigar la desolada ausencia
de una fe, una verdad, un paraíso.

El hábito ambrosiano

Ante los manuscritos alzados en atriles,
una mano forjada con mil plumas
resume la experiencia luminosa
y en mis ojos escribe cuanto leo,
rubrica cuanto escribo.

Así, brotan pasados y futuros
en esta estancia hermosa donde la tinta sueña:
se reconstruye Ilión, puedo amar a Beatriz;
fecundo la mañana de los hombres;
me convierto en un hábil estratega del tiempo.

Tantas vidas he sido y tantas he de ser
que se me otorga, al fin, la eternidad.

Arcadia nebulosa

Si algún día el dolor te sedujera
para acabar con tu melancolía,
acude al mar, contempla su infinito
como un fulgor errante y solitario
que nada necesita y lo da todo.
Mira cómo se elevan las gaviotas
entre los arrecifes; deja allí
el suicidio que ansías y desprecias.
Escucha el mar: en él nada es oscuro.
Siente su voluntad de firmamento
aherrojado en amargo manantial.
Toca su eterna transfiguración.
Inmerso en su celeste transparencia,
quiere elevarse el alma, alzarse
sobre el dolor, cantar.
Regresa a tu existencia cotidiana
igual que si una ola retornase
al abisal secreto de la espuma.
Camina montes, siembra madrugadas
en el atardecer, corona el día
con flores y templanza. Rememora
la sigilosa forma de la luz.
En el propio naufragio está la isla
y en el dolor su misma redención.

El invasor

He surgido del agua y me acomodo
con un libro en la mano, mientras suena
una flauta de Quantz. Cierro los ojos
y siento el paraíso reclinarse
sobre mi frente. Irrumpen en la estancia,
de súbito, las sombras; se oscurece
la luz en mi interior; y el lecho amable
va tomando la forma de una cripta
en la que yazgo inmerso entre tinieblas.
Una melancolía universal
me abraza y se desploma el universo
convertido en cenizas. Lucho, trato
de abrir los ojos. Pienso en un paisaje
hermoso y cenital; observo un cuadro
de Gainsborouch; escribo en mi retina
un verso de Petrarca. De repente,
igual que me abismé en un cementerio,
abandono el osario, me levanto,
vuelvo a la claridad de la mañana.

oniria.com

La soledad devasta. En ella, la tristeza
anida su dolor. Y la alegría
se convierte en fatal melancolía
que vuelve podredumbre la belleza.

El mundo se oscurece. Y cada día empieza
como una noche oculta.

Yo era joven.

Un día

ella murió; murieron mis anhelos; moría
la voluntad —el sueño, la firmeza.

Fueron tiempos de furia y de desolación.
Cada instante era en mí como una despedida;
y cada amanecer, un sol amortajado.

He vuelto a sembrar luz sobre mi corazón.
Las semillas arraigan. Reflorece la vida.
La primavera invade mi corazón helado.

Elogio de la isla

El clavecín sonando en la alta noche
mientras el frío azul cae desde el cielo;
al amor de la lumbre, el libro hermoso
con su sabiduría y su templanza;
a veces, confidencias que la pluma
necesita decir para afirmarse.
Las estrellas derraman su perfume
junto a las lilas, en la madrugada.
Y entre tanta pureza y sencillez,
el corazón conoce la armonía.

Oda

Qué aromada belleza la del fruto
abierto en tajos o racimos, puesto
su relámpago dulce ante los ojos,
gozosos entre tanta algarabía
de sabor y color, y complacencia.
Uvas y fresas, nectarinas, moras,
sandías y manzanas, piñas, higos
y dátiles: un bosque de placeres
conjurados en el empeño amable
de alegrar los sentidos. Sorbo el fresco
fulgor de sus delicias; dejo el tacto
fluir desde mi boca hasta el más puro
deleite de mi carne;
y en ese instante el orden rige el mundo
y la existencia, frágil, se alboroz.

El ágape acabado,
¿acabó la frugal felicidad?
Sobre la tierra quedan los despojos
al amparo del sol y de la lluvia:
breves semillas que serán raíces
de árboles nuevos y de nuevos frutos.
Y considero que también el ave
y el pez fecundarán el mar, la tierra,
como el esplendoroso fruto finge
que su final no es transfiguración;
que, muerto yo, daré luz a una estrella
nacida de mi propia fe en la luz;
y que la muerte nada puede, nunca,
contra el vivir. Que seguirán los astros
muriendo: renaciendo.

Como si fuera un éxtasis

Agoniza la tarde, dulcemente
abrasada en los fuegos del crepúsculo.
Se detienen los pájaros,
y las criaturas buscan en el sueño
la comprensión de su existir, la dicha
de conocer el gran secreto, el rostro
que se oculta detrás del nombre «Dios».

Me seducen las sombras: veo en ellas
el cincel de la luz,
la transfiguración de la desdicha.

Entra en mi corazón un rayo oscuro
y todo halla unidad, correspondencia.

En medio de la noche, bajo el claro
fulgor del firmamento,
un enjambre de estrellas me persigue.

Azimut

Es ese instante del día
o de la noche en que todo
se desprende de sí mismo
y la esencia de las cosas
se transfigura en perfume,
tacto, color y sabor,
la música del origen,
rostro, al fin, del gran secreto.
La estrella es aroma; el árbol
alza su luz; las espigas
dibujan sus pentagramas
en el viento; todo es paz.
Divisa el alma el clamor
de la plenitud, abraza
la fugacidad queriendo
retenerla: y cristaliza
la dulce contemplación,
útero y tumba en la noche,
bajo la luz del misterio.

Continuidad

Querida muerte mía: no me esperes
oculta en las tinieblas; sé que estás
injertada en mi vida como un yo
que no ha de completarse hasta que vengas.
No temo tu llegada; yo te doy
el ancho surco en que sembré infinitos;
tú me darás tu tierra, y ya presiento
que tal vez alimente a las criaturas
de las que estoy forjado y en mí viven:
toco mi corazón y en él escucho
palpitar las estrellas, y la noche
que fue mi origen; palpo en mis entrañas
las raíces de un árbol; soy la savia
con que tú has de saciar el universo
en su eterna expansión. Mírame, muerte:
robas mi voluntad, no mi destino.
Tú me aseguras la inmortalidad.

Retrato

Yo soy solo mis sueños y no he de morir nunca
porque no me cumplí, y tengo que cumplirme.
Será en un cuerpo amado; tal vez en un combate
rebelde y luminoso; quizá en mi corazón.
En él guardo un abismo constelado que lleno
con soledad hermosa, la templanza ganada
día a día fluyendo hacia el silencio.

En mi serenidad no cabe el desvarío
ni la tristeza oscura: solamente la luz
de aquel que nada espera porque todo lo tiene
con solo conjurar un nombre puro.

Cuánta delectación es el sosiego,
y qué felicidad saberse en paz con todo
tras el desasimiento innumerable.

Olvidar el pasado y no amar el futuro,
aprender de las cosas y enseñarme a mí mismo
fueron los horizontes que rigieron mi vida.
Lucho para ser digno de mis sueños.
Mi voluntad no admite la desesperación.

Mucho me dio la noche y me dieron los libros;
y en la escritura hallé la redención dorada.
Ojalá haya sabido legar algo a los hombres,
pues, al fin, hay en mi alma dulce misantropía.

Vivo como si fuera a despedirme; pero
en toda despedida hay un retorno
igual que en cada encuentro hay un adiós.

Criatura iluminada

(palimpsesto sobre R. K.)

Si, cuando todo muere alrededor,
tu voluntad te abraza a la existencia
y decides seguir viviendo, dando
sentido redentor a tu derrota;

si, venciendo la desesperación,
conviertes la esperanza en albedrío
y consigues soñar sin que los sueños
te desposean de la realidad;

si no aprendes a odiar, aunque te odien,
ni a mentir, a pesar de que te mientan;

si desconoces la simulación,
y, tras oír, desoyes las palabras
de los amigos y los enemigos,
y nadie puede herirte sino tú;

si, cuando dudas, sabes que dudar
es el camino para las certezas,
como también para la soledad,
y alcanzas a elevar desde tus ruinas
el alto alcázar que quisiste ser;

si admites que el umbral de la razón
nos impide sentir en plenitud,
que no hay mayor belleza que el misterio
ni más secreto hallazgo que la búsqueda,
y que aceptar el hecho de que existe
materia incomprensible es comprender;

si la desolación no te destruye
cuando fracasa la ritual quimera
de unir tu corazón al universo;

en fin, por tantas causas: si el dolor
de ser hombre te asfixia, pero logras
transfigurarle en fértil alegría
porque solo la muerte ha de rendirte,
entonces, nada temas: tuyo es
el orden de las cosas: la quietud.

La urdimbre luminosa

(2007)

[Diviso el mar. Detrás de aquella roca]

Diviso el mar. Detrás de aquella roca
un hombre primitivo
adoró al monstruo inmóvil de ágil lengua
cuyo cadáver siempre renacía
como lluvia yacente y solitaria.
Los arrecifes, como lentos náufragos,
hienden el aire, otean
la fugitiva playa.

Miro

mis huellas en la arena
fundidas con las conchas, los primates,
el magnífico Robinson,
las sierpes, la osamenta
del tiempo en este oro de la infancia,
cuando los peces engendraban saurios.
Y en la resurrección de la memoria
veo nacer el firmamento, escucho
volcanes, estallidos,
soles fraguando luz,
ciénagas y diluvios,
estertores, vagidos: el origen.
Así nació la súbita armonía
y así nacieron los desasosiegos.
El resplandor fugaz signó las almas
con ansia y potestad.
Pero el estigma de la sombra urdió
devastaciones, sueños.

[Llegan las olas como esquivos peces]

Llegan las olas como esquivos peces;
borran el tiempo, lo sacuden, trazan
arabescos sinuosos.
Un espejismo crea su verdad
y es fábula la Historia.
Estoy en el recuerdo, en la ceniza.
Un invisible pájaro cantaba
y la yedra llovía su rocío.
¿Tan solo soy el eco del que fui
o es aquel mi creación?
Veo un lago apacible coronado
por arcoíris y serenas nubes.
Fragmentos de mis vidas y mis muertes
quieren recomponer mi autorretrato,
su identidad presente, y no recuerdan
cuál es su origen, ni la forma exacta
del errante fluir de la conciencia
que hoy pregunta por mí y llora conmigo
el desconocimiento de su nombre.
Detrás de ese dolor hay catedrales,
ciclámenes y lascas en la cueva,
el rayo que prendió fuego en la noche
y las esporas de otros mundos fértiles
que sembraron mi arcilla
y la dotaron de su inteligencia.
Y hay un clamor oceánico
luchando por llegar hasta una playa
y derramar sus caracolas.

[Una grieta en el cielo]

Una grieta en el cielo
deja caer la lluvia,
apenas una escarcha
sobre mi piel, y siento:
«La bondad, la maldad
combaten en el mundo y nada puedes
sino soñar, sentir que cuanto haces
es digno de los hombres, no de un dios.
Siempre hay otra cima que alcanzar.
Pero solo el olvido da sosiego».
Yo, sin embargo, sé
que si un recuerdo muere nada queda
de lo que ayer vivió.
En un recuerdo están Egipto y Grecia,
la luz y el monasterio, y cada hombre
que dibujó en su mente esos paisajes.
¿Adónde iré, decidme,
si no hay más territorio que el recuerdo
y la memoria siempre nos alcanza?
¿Por dónde aventurarse
—decidme todos, pronto,
vosotros, Juan de Yepes,
Luis de León, Teresa, que entrevistéis
el íntimo lugar del regocijo,
y vosotros, Luis Bonmatí, Ángel Luis
Prieto de Paula, amigos,
alcabaleros de almas encendidas—,
decidme todos, pronto,
¿por dónde aventurarse
cuando toda certeza es la apariencia
de una verdad que mostrará su error?
Qué mácula, sentir.
Cuánto dolor, el noble pensamiento.
Cuando yo me llamaba Ulises Mèrou
—cuando el hombre era solo un corazón—,
todo era claro, todo
era un descubrimiento;
pero todo lo extingue
el hombre reflexivo.

[Una gaviota otea el porvenir]

Una gaviota otea el porvenir
y vuela hacia lo lejos.
En el acantilado, sobre una roca, hay
un libro abandonado.
O acaso son dos libros aún no escritos
leyéndose, escuchándose.
Sé que escribir es mi única trinchera
contra la muerte. Sigo
las líneas paralelas, horizontes
que siempre me devuelven a mí mismo.
Y encuentro un corazón, isla remota
que sabe lo que siento, que me dicta
lo que debo sentir: amor por todo.

[Hay almas que conservan el recuerdo]

Hay almas que conservan el recuerdo
de sus vidas pasadas en lo oculto
de la conciencia, y no se reconocen
como habitantes de sí mismas, lejos
de la materia germinal.

Mientras el gran naufragio crea sus islas,
peregrino en mi viaje, voy buscando
la gris conciencia que llamamos yo.
Acaso en mi interior un saurio reptá
y un pez hostiga espejos abisales.
¿Fui una vez un cuervo, como Arturo,
un cisne, como Leda?
¿Llevo en mis ojos todos los paisajes
que un pájaro escribió en sus ojos libres
desde la prehistoria de mi alma?
¿Soy la ceniza del que fui un día
o la semilla de quien quise ser?
¿Soy acaso un fantasma milenario,
nacido en Grecia y resurrecto siempre
que una pluma da fe de su aventura?
¿Mi vida es la memoria de otras vidas
que sembrarán recuerdos y ansiedades
en otro ser en el que, al fin, seré?
¿Soy sustancia estelar sin fin ni origen?
Si pertenezco a un sueño inacabable,
¿cómo librarme de mi soñador
y que será de mí cuando amanezca?
¿Soy yo quien sueña o soy el que es soñado?

Enardecido, el corazón persigue
la unión inmaculada,
el coito emocional consigo mismo;
y, cuando se halla, canta
porque vuelve al edén nunca olvidado.

Escucho el canto de la vida. Brota
la fuente en el desierto. Estallan
los astros en la noche y sueña
la carne con hallar un paraíso.
Un estremecimiento transfigura
cuanto soy, cuanto fui, cuanto he de ser.
Veo la luz. Emerge el infinito.
Tiene el rostro sagrado de la infancia.

[Sé que escribir es mi única victoria]

Sé que escribir es mi única victoria
contra la muerte. Escribo.
Lanzo palabras como redes densas
para apresar la vida. Fluyo
hacia el oasis de la infancia. Veo
edenes emergiendo por los ojos,
transparencia en los sueños.
Bach transcribe el rumor de las estrellas
y el pentagrama alumbra la *Ofrenda musical*.
¿Quién hablará de vida si no acepta
que componer es convertirse en música
o que escribir es diluirse en versos?
Igual que una ostra herida
se defiende forjándose una perla,
así el dolor construye sus poemas.
Ay, si pudiera ser que la palabra
redimiese las almas de la sombra
en que fueron cayendo; con nombrar,
surgiría la luz; y si la muerte
amenazara con su certidumbre,
bastaría borrar cuanto está escrito.

[Dentro de mí hay un hombre antiguo y solo]

Dentro de mí hay un hombre antiguo y solo
pintando rostros y tallando sílex,
biografías de ciervos y bisontes
que son la incandescencia de su alma.
Una estatua esperando ser mi cuerpo
inventa el mundo, otorga
orden al caos de la eternidad.
Ocurrió en el principio,
cuando el hombre era un dios ajeno al desengaño
y a la conciencia de que solo era
un hombre que soñaba.
Yo amaba a las criaturas, sobre todo
a la criatura humana,
pues nada hay más hermoso
que el corazón del hombre cuando sueña.
Pero un día llegó un titán soberbio
y los infiernos lo incendiaron todo.

[El ocaso se inclina hacia la noche]

El ocaso se inclina hacia la noche.
Grajos errantes y un sonar de flautas
me trasladan al canto del pastor,
a hirsutas parameras
en donde se alza la eremita encina
y el pájaro juglar desaparece.
Como un tatuaje sobre el horizonte,
—mejor no lo pintara Miguel Ángel—,
Couperin, D'Anglebert,
las brumas del recuerdo,
apriman el tiempo en pentagramas,
bálsamos de templanza y plenitud.
El tiempo me saquea y da ceniza.
¿Construyo un mausoleo con mi vida
o un crisol para aquellos que me escuchan?
Quiero ser como el ave,
que canta sin conciencia de la muerte.
Entra en mi corazón el agua pura
—el agua clara y pura, como
la frágil inocencia—
del claro manantial, igual que entró
en el alma del hombre primigenio;
y se iluminan mis sentidos como
se iluminaron los amaneceres
en los primeros días:

*Tal vez porque los pájaros cantaban
y reían las fuentes, y los álamos
abrazaban el aire de la tarde,
o quizá porque el dulce firmamento
derramó sus estrellas sobre mí,
sentí mi corazón estremecerse
y extasiarse mi carne.
Extendía la noche sus dominios
sobre el ocaso, floreciendo aromas
como ofrendas del día, y en el aire
se aquietaba una brisa melodiosa
igual que un madrigal dormido, preso
en el acorde de un latido cósmico.
Ya el árbol no era un árbol, sino médula
de mi espíritu alzado en el paisaje.
Sentí en mi pecho las doradas hojas
quebrarse como leves corazones
marchitos del otoño.
Las nubes descargaban en mi alma
su lluvia torrencial.*

*Todo confluó en mí: fuentes, estrellas,
montañas, pergaminos, claridades,
biografías para la eternidad.
Todo era hermoso y mío, como un lento
fluir desde la aurora hasta el crepúsculo.
Y en medio de la luz sentí, de pronto,
el dulce y silencioso escalofrío
de la revelación.*

[En un mundo voraz en el que todo fluye]

En un mundo voraz en el que todo fluye
hacia la incertidumbre y los naufragios,
solo vale el instante de la revelación,
el momento fugaz en el que comprendemos:
«Vivir es ordenar en los estantes
de la experiencia la memoria fértil,
hasta sumar un anaquel erguido
con la sabiduría del fracaso.
Si has hecho alguna cosa imperdonable,
perdónate a ti mismo.
Los dioses mueren cuando el hombre piensa».

Oigo el canto del alba,
y, ya el desasosiego sosegado,
un mar de luz inunda las tinieblas
y se ennoblece el verbo mientras arde
el corazón en súbita armonía.
Ningún hombre me habló tan noblemente
como me hablan las cosas;
nada me transformó como me transfigura
la caudalosa luz que alumbra mi conciencia.
Guiado por la oscura
y ambiciosa humildad
de quien desde el infierno aspira al cielo,
quisiera yo nombrar cuanto quise hacer mío
para ser la más fértil
transparencia del alma.
Un músico amanuense rememora
péñolas y legajos, laberintos
de la insondable inefabilidad.
Tras el bosque se eleva el gran incendio
del ocaso temprano.
Arde la voz, y los silencios arden.
Y el corazón invoca su mudo testamento:
«Dejo mis sueños a la dulce abeja
para que laboriosamente los construya
y los ofrezca al hombre a fin de que
se eleve y sea capaz de ser un dios:
cuanto quise y no pude conseguir».

Efímero infinito

(En *Siete poemas y dos poemáticas*, 2010)

1

Recuerda, tú recuerda cuando entre las palomas
que arrullaban el sueño de Fray Luis
el aire detenía su aliento en el crepúsculo
y todo se aquietaba como un mar melodioso.
Allí, junto a la noche, recitabas a Horacio,
a Yepes y otras voces extasiadas
en la contemplación de la alta mansedumbre.
El verso estremecía
la piedra de la luna, que acuñaba
su *ex libris* sobre el cielo manuscrito
por tu voz y mi voz, salmodiadoras
de la belleza en el amanecer.
Luego tensaba el arco de Cupido
sus flechas, y una música interior
nos devolvía al dulce Garcilaso.

2

Porque te fuiste sin poder decirme
siquiera un triste adiós, pongo en tus labios,
a veces, las palabras que quisiera
haberte oído. Y suenan despedidas
nobles como la noche,
mientras de nuestro abrazo se separan,
como la uña de la carne, cuerpos
dolientes; y oigo
gemir a Héctor y Andrómaca,
plañir a Hero y Leandro,
a cuantos castigó la suerte adversa
dividiendo su ser en dos mitades
que eran tan solo un alma.
Y ahora escucho *Do vas, hermosa mía...*,
Quisiera Dios que al retornar me encuentres...,
En tanto que te alejas yo te imploro...,
y otras cadencias mágicas
que mientras enardecen tu memoria
cavan en mi vivir mi monumento.
Me he convertido en una isla desierta
rodeada de duendes y naufragios.
Y sé que nunca has de volver a mí
porque nadie regresa de la muerte.

3

Nos dimos todo cuanto pueden darse

quienes quieren ser dioses para el otro,
y construimos tantos paraísos
que se transfiguraron nuestros cuerpos
en materia inmortal. «Soy un fragmento
del cosmos, y jamás he de morir
porque la muerte es otro nacimiento;
pronto seré una estrella».
Como ofrendas del alma, nos decíamos
en mitad del amor susurros, sueños.
La piedra hirsuta y la marchita hoguera
aún recuerdan la historia de una noche
bajo el agua celeste. Miro ahora
la tierra gris, las hojas calcinadas,
y sé que yacen nuestros sueños rotos
en la silueta que grabó el amor
como un bajorrelieve sobre el tiempo.
No escucho las palabras susurradas
ni brilla aquel fulgor. Pero quisiera
desesperadamente haber sabido
que la felicidad consiste solo
en vivir cada instante como si fuera el último.

4

Envidia a quienes creen que hay un lago apacible
en el que desembocan las aguas de la vida
para saciar la sed de aquellos que perecen
sin haber satisfecho su amor en cuanto amaron.
Quisiera despertar de mi muerte algún día
y encontrarte inmortal, junto a mí para siempre.
Pero diera gustoso tan dulce eternidad
si pudiese volver a los días aquellos
en que la dicha era un hallazgo sin búsqueda,
un gozo sin conciencia de que todo se acaba.
En aquel mundo plácido sin eterno retorno
no existía la muerte ni existían más dioses
que los que cada uno, inocente y feliz,
arrancaba en el alma y en el cuerpo del otro.

5

Cuando mueren aquellos por los que moriríamos,
un inmenso sepulcro se abre en nuestro pecho
y enterramos la vida como a un cadáver triste
que cuelga de nosotros insistente.
Siempre decías que vivir es solo
tratar de recordar otra existencia

en la que fuimos todo cuanto queremos ser,
porque la muerte es una puerta ignota
tras la que abandonamos los recuerdos.
Tú que alumbraste mis marchitos ojos
y le diste razón a mi existencia,
vuelve un instante y dime que aún es tiempo
de entregarme a la vida y no a la muerte.

6

Nada perdura. Mueren las estrellas.
Los amantes se olvidan o se tornan ceniza.
La belleza es efímera; y su gozo, fugaz.
Todo zozobra y cae, y todo es un naufragio.
Las hojas se marchitan igual que sueños frágiles
y el mundo de los vivos nos recuerda a los muertos.
De nada sirve hallar consuelo en dioses
o en transfiguraciones de esta vida,
pues todo es podredumbre tras la muerte.
Ruinas son las que fueron monumentos
de la memoria alzada a la belleza.
No existen paraísos, solo infiernos.
Y la escritura es siempre un mausoleo.
En el último instante, en todo instante,
el corazón se abraza a la existencia
y quiere seguir siendo
cuanto fue, cuanto es, cuanto no ha sido.

Informe pericial

(En *Siete poemas y dos poemáticas*, 2010)

[Hace un millón de años, tal vez dos]

(*El Taumaturgo*)

Hace un millón de años, tal vez dos.

Un animal inteligente observa
caer la lluvia como un río alzado;
y, aterido de nieve, ve incendiarse
los árboles desnudos, al fulgor
de una luz invencible. Queda absorto
ante el mágico fuego, que él enciende
con fatiga. Lo hechiza y desconcierta
la perpendicular agua del río
efímero, violento, como un látigo.
Instalado en la noche, le deslumbra
la majestad azul del firmamento,
y por el día el sol es una hoguera
que escapa de la noche misteriosa.
Se suceden la magia y el espanto;
y de repente todo lo descifra:
en algún sitio hay un gigante y debe
ganarse su amistad y protección.
Camina tierras, surca largos siglos,
caza bisontes, pinta sortilegios:
busca al gran hacedor de lo imposible
tras la montaña, el horizonte, el tiempo.
Y en la mente del hombre nace un Dios.

[Rávena, mil trescientos veintiuno]

(Laura, Beatriz, Oniria)

Rávena, mil trescientos veintiuno.
Aviñón, mil trescientos veintisiete.
Sucedió en unos versos que lograron
pronunciar la verdad de la existencia,
pues solo existe lo que nombra el verbo.
Una niña pasaba por un puente
y una mujer fulgía en una iglesia
en el instante pleno en que los astros
necesitaban dos catasterismos
y conjuraban transfiguraciones.
La palabra lanzó sus dos efigies
a la inmortalidad desde la muerte.
Siempre el amor inventa su criatura,
rostro de nuestro espíritu sediento.
Crea la sed, así, su agua salvífica
y los amantes aman desde el sueño,
la maravilla y la sublimación.
Pero la carne viva se pregunta:
¿Quién puede competir con una amada
a quien la muerte ha convertido en diosa?

[En un lugar del reino del espíritu]

(Sobre la plenitud)

En un lugar del reino del espíritu.
Llueve tan mansamente que la lluvia
parece un lago frágil y apacible
en donde el corazón halla sosiego.
Una mano bisela el sílex, alza
piedras sobre otras piedras, melifica
su garganta, dibuja en las paredes.
Siluetas fantasmales iluminan
la noche innumerable y estrellada.
Alrededor de su quehacer de siglos
esplende un arcoíris, como un saurio
reptante por el alma y sus misterios.
Una voz armoniosa se convierte
en elocuente pluma, en pentagrama,
en pincel y en escoplo: en escritura,
madrigal, lienzo, templo, aldabonazo
en las puertas de la inmortalidad.
Y emerge el ara gris del Partenón,
la Capilla Sixtina, la Odisea,
el clavecín perfecto y temperado.
Catedrales, pirámides, babeles
se elevan hasta el cielo pretendiendo
otear los enigmas, descifrarlos
en pergaminos que lo aclaren todo.
La palabra es el rostro de los hombres.
Revelará algún día sus secretos
a quien viva por ella y para ella.

[Eran siglos oscuros. Tenebrarios]

(Gutenberg, Copérnico)

Eran siglos oscuros. Tenebrarios,
lmparillas y aceites alumbraban
los garabatos mágicos, pulidos
por manos despaciosas que tallaban
diamantes de papel, códices de oro,
talismanes para la eternidad
como un legado hacia un renacimiento.
Tal fervor amanuense forjó imprentas
y aquel tesoro enriqueció a millares
al mostrarles los mundos de este mundo.
Fue como si un gran sol amaneciese
y descubriese luz en las tinieblas.
Pasó un tiempo. En el año *Mil quinientos
cuarenta y tres* un hombre agonizaba
y en su lecho de muerte recibió
un título temido y exultante:
«De los cuerpos celestes y sus círculos».
Solo mil ejemplares se imprimieron,
y tardaron dos siglos en venderse.
Pero algunos abrieron otros ojos
que hubiesen retrasado el porvenir
de haber tenido que esperar un código.
Tan solo el libro es subversión pacífica
y muestra que en un hombre hay muchos hombres.

[Hace unos veinte mil millones de años]

(El enigma infrangible)

Hace unos veinte mil millones de años
se expandió el universo desde un núcleo
inconcebiblemente comprimido.
La explosión primigenia originó
una fuga de todo cuanto existe
hacia la inmensidad de un infinito.
Conforme se expandía aquella amniosis
se creaba un espacio ilimitado
y comenzaba un tiempo intemporal.
Nuestra mente no entiende qué había antes
del primer estallido, o dónde fue,
pues no acepta un origen sin origen.
¿Hay un espacio-tiempo sin principio?
¿Existen consecuencias sin sus causas?
¿Qué frente olvidará sus pensamientos?
¿Qué corazón no siente al comprender?
De semejante modo nace un niño:
sustanciando su insustancialidad.
Lanza un vagido y brota hacia la luz
desde un minimalismo inescrutable,
y sigilosamente va creciendo
hasta que siente cómo su materia
se corrompe, y se vuelven podredumbre
sus células, sus ojos, sus sentidos
y todo estalla en una muerte ignota.
—¿Va injerto el paraíso en esa amniosis
que jamás podrá ya recuperar?—.
Sin embargo, ¿quién niega lo admirable
de tanta incomprensión y sortilegio?
¿Y quién no escucha un himno que le canta
simplemente por ser hijo del cosmos?

[Frisaba el año mil seiscientos cinco]

(Cervantes)

Frisaba el año mil seiscientos cinco.

Un hombre desolado descubría
que luchar por la gloria es alcanzarla.
Lo aprendió en una cárcel, desafiando
adversidades, túmulos, olvidos.
Y sufrió los destinos caprichosos
de piratas, aldonzas y rufianes.
Luego dio su experiencia a un triste hidalgo
y lo lanzó a vivir cuanto vivió:
afrontando derrotas como si
fuesen la redención de toda lucha
y la premisa para la victoria.
Dos hombres dialogando sobre un sueño
que debiera cumplirse y no se cumple
conquistaron con su fracaso el orbe.
Soñar con la justicia universal
como un sermón de la montaña humana
es plantar la bondad más fraternal
en el solar del corazón del hombre.
Asedios a la luz son las palabras.
Las páginas de un libro son el arma
pacífica, invencible, redentora.
Quien no sueña con mejorar el mundo
merece su desprecio.

[Mil ochocientos veinticuatro. Un hombre]

(Opus 125)

Mil ochocientos veinticuatro. Un hombre
asediado por la melancolía
ha vencido el suicidio y se redime
construyendo pirámides de música.
Brilla en sus ojos, como un desafío,
la soledad inmensa del artista
ante la muchedumbre. Hay en su mente
una constelación de héroes y dioses,
de arte absoluto, redentor y nuevo.
Ausulta las estrellas y condensa
el universo en una partitura.
No puede oír el ruido de los hombres,
mas sí su corazón, y lo disuelve
en el más clamoroso pentagrama
que escucharán los siglos: el dolor
de un alma solitaria transfigura
la soledad en solidaridad,
exhuma la alegría primigenia
y convierte en un himno la elegía
del vivir cotidiano y metafísico.
Rueda el caudal sinfónico y la voz
anega el alma, la retuerce y triza.
Pocas veces la voluntad ha alzado
desde el infierno el arte hasta los cielos.
La catarata de agua melodiosa
fecunda la conciencia universal.
Y desde el pentagrama manuscrito
fluye incesante una cosmo-agonía
que se convierte en fraternalidad.
La música es la única palabra
que expresa lo inefable.

[En un lugar del tiempo, en todo instante]

(Sobre el suicidio)

En un lugar del tiempo, en todo instante.
Antes de decidirte a abandonar
esta vida que odias o te duele,
cerciórate de que hay otra existencia
—o una nada— más digna a la que ir;
no sea que el lugar en el que surjas
aún te horrorice más que este que habitas.

Hijos de Homero

(2010)

Catulo

Si después de mi muerte me siguieras amando,
recuerda que vivir es abrazar el día:
no ocultes tu belleza bajo un manto de luto,
pues su fulgor merece brillar junto a otro cuerpo.
Siente ya ese momento de temblor y lujuria
frente a otra carne ansiosa. Y cuando te estremezcas
envuelta en el delirio de la sangre votiva
ven y sáciate en mí, ahora que estoy vivo.

Séneca

Agazapada dentro de la luz
está la oscuridad. Brilla en el alba
el germen de la noche. Crece el niño
hacia su ancianidad. Nace la muerte
en la cuna. El dolor finge ser dicha.
Está la consecuencia
contenida en su causa. El primer beso
preludia el desamor. Todos los fuegos
son ceniza y urdimbre de la muerte.
También tú morirás.
Tan solo permanece la palabra.

Luis de León

La dicha es el lugar al que llegamos
cuando la suavidad de la memoria
olvida cuanto no pudimos ser.

Lope

Solo en la inmensidad del universo,
bajo el párpado azul del alto cielo,
el corazón tan solo halla consuelo
en el cuadro, la música y el verso.

Por sosegar me, con la luz converso
del músico paisaje, del desvelo
del viento al salmodiarse, del anhelo
de infinitud, y en versos me disperso.

En las constelaciones prodigiosas
de la frágil palabra me persigo
sin esperanza, pero incontinente.

Las luciérnagas arden como rosas
alumbrando senderos, y las sigo
armado con la pluma solamente.

Karoline Günderrode

La imagen pura del dolor antiguo
signa mi corazón y lo condena
a sentir a través del sufrimiento.
Veo el mundo reír. Quiero abrazarme
a la alegría. Lucho
contra el estigma que atenaza al hombre.
Me aferro a la esperanza
de que el amor redime la existencia.
Sé que el arte transforma la agonía
en inmortalidad
y hace del hombre un dios.
Conjuro las tinieblas en silencio.
Mas solo llueven nubes y derrotas
sobre mi voluntad.

Heiligenstadt

Sé que debo morir mañana, acaso
hoy se cierren mis ojos y no vea
nunca más esta luz que me hace libre
incluso para darme ahora la muerte
y matar el dolor que me acongoja.
Pero aún hay suficiente plenitud
y alegría en mi alma: no podrán
la muerte y su equipaje de tristeza
impedirme vivir esta armonía
jubilosa y doliente hasta que llegue
el espasmo inasible de la nada.

Eneas

Resuenan en mi mente las espadas,
las voces de los dioses y el estruendo
del pífano y la muerte. Nada había
que me alegrase más que la batalla,
el destello del casco,
los cuerpos desmembrados, los escudos
defendiendo las vidas, el chirriar
de las armas ardientes.
Para mí fue la sangre más preciosa que el vino,
pues con ella brindaba por el honor triunfante.
Y de pronto, piafaron los caballos
absortos ante el mágico de Ulises
que, en la noche, entre hogueras,
engendraba guerreros y ceniza
sobre la hermosa Troya. Todo fue
precipitado hacia el olvido. Escucho
el estertor doliente de la patria,
y siento que si yo seguí viviendo
es para que me mate la memoria.

La condición mortal

(2010)

De la memoria

Igual que el viento acaba royendo las aristas
del templo griego, o el mar sus arrecifes,
así el tiempo destruye la memoria.
Pues el recuerdo es solo decir: «he regresado,
pero el lugar no existe».

El inmortal

Un hombre solo está llorando, lejos
de su propio dolor. Piensa en las cosas
que florecieron, y diluye en ellas
el tiempo inexorable que marchita
las horas y los días.

Ordena los recuerdos y los pule
para que brillen más que su presente.
Pero no hay resplandor como el infierno
de una conciencia devastada y ebria
por la melancolía.

Abre un libro y encuentra allí a otros hombres
que, como él, abrieron otros libros,
oyeron pentagramas o soñaron
frente a un cuadro
con un mínimo edén consolatorio.
Pero al final de su furtivo viaje,
en el verbo, en el lienzo y en la música
encuentra una verdad definitiva:
solo la muerte vive eternamente.

Del eterno retorno

Cuando llegue el momento en que todo regresa
desde los territorios de la infancia
y la vida parece que va a empezar de nuevo,
abre los ojos, mira
que hiciste lo correcto y que el error
no está en equivocarnos al buscar la verdad,
sino en creer que un día pudimos haber hecho
lo que haría el que somos, ese desconocido
que vamos descubriendo cuanto más se nos muere.
Abre los ojos, mira
que la verdad consiste en aceptar
que vivir es morir en cada instante
en el que renacemos para ser
muerte y resurrección, metamorfosis
definitiva hacia la claridad.
Y que la Muerte solo es otra puerta
en la que abandonamos los recuerdos
para entrar, transparentes, en nosotros.

Indicios en la noche

Cuando la noche cae
sobre los corazones
y la ciudad se duerme
en una extraña calma,
siento que el infinito
se derrama en silencio
por calles y veredas,
y los árboles arden
en solitarios éxtasis;
el fuego de la noche
brilla entre las tinieblas
como un cíclope airado
que de pronto encontrase
la paz en sus cenizas;
bajo el himno del cosmos
la claridad inunda
las almas, y las cosas
transfiguran su efigie
hasta encontrar el rostro
de la diafanidad;
el tiempo se detiene
igual que un arcoíris
coronando las sombras
fulgentes; vuela un pájaro
de luz y entra en los ojos
una clarividencia
que vence los misterios.
Así penetra el alma
en la revelación
y cuanto ve conoce
su nombre y su figura
porque el mundo regresa
al alba, al primer día
de la creación.